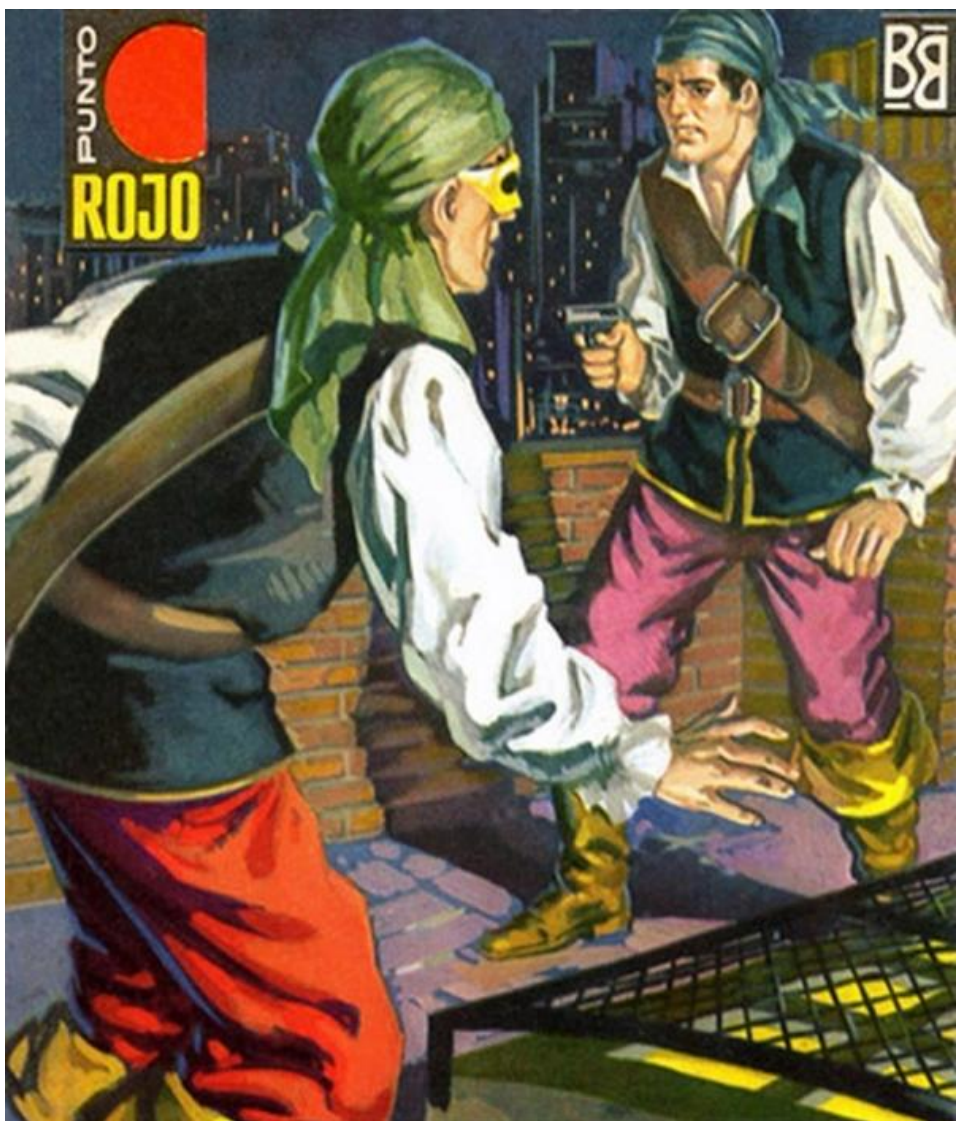


PUNTO

ROJO

B&B

A stylized illustration of two men on a rooftop at night. The man on the left is seen from the side, wearing a green headscarf, a yellow mask, a white long-sleeved shirt, a dark vest, and red pants. He is leaning forward. The man on the right is facing him, wearing a blue headscarf, a dark vest over a white shirt, and purple pants. He is holding a handgun in his right hand. The background shows a city skyline at night. The illustration is in a comic book style with bold colors and strong contrasts.

AFICIONADO AL ASESINATO

keith luger

AFICIONADO AL ASESINATO

KEITH LUGER

**AFICIONADO
AL ASESINATO**

1.^a EDICIÓN

MAYO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1963

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Rex Anderson vio entrar a la pelirroja por la puerta del hotel y se quedó con la boca abierta.

Era sensacional, una pelirroja como no había visto otra desde que conoció a Wanda, una esclava de la que conservaba un grato recuerdo. Pero juró para sus adentros que la mujer que ahora se dirigía al bar, andando como un animal felino, la cabeza orlada con una llama de fuego, era algo por lo que valía la pena arriesgarse.

Dobló el diario que había estado leyendo y se lo metió en el bolsillo. Se despojó de las gafas oscuras y fue tras de la pelirroja con aire resuelto. Ella se había sentado en un taburete y eso era todo un espectáculo. Ahora cruzó las piernas, justo cuando él llegaba.

Rex sintió un cosquilleo en la garganta al ver aquellas pantorrillas tan bien formadas.

Oyó que la pelirroja pedía un martini, y cuando el mozo acudió al lado de ella, él pidió otro martini.

La pelirroja le dirigió una mirada y él la obsequió con una sonrisa que no encontró eco porque ella apartó sus ojos.

Rex dio un suspiro y sacó el diario del bolsillo.

Sus ojos leyeron un despacho fechado en Clarenton, Nueva Jersey. La señorita Lois Temple, químico industrial, había logrado un gran descubrimiento que beneficiaría a la Humanidad. La señorita Temple daría a conocer en breve plazo en qué consistía tal hallazgo. Un poco más abajo se comunicaba que un dentista de Buffalo estaba experimentando con notable éxito lo hipnosis de sus clientes, habiendo, logrado resultados positivos. Había otras dos noticias y todas ellas estaban colocadas bajo el titular: «La Humanidad progresa».

—¡Oh! —oyó decir a la pelirroja—. Olvidé el monedero.

Rex se apresuró a saltar del taburete.

—Permita que la invite, señorita.

Ella alzó los ojos mirándolo parpadeante.

—Es usted muy amable —le sonrió.

—No tiene la menor importancia —dijo Rex, caballeroso y señaló el vaso de ella—. Acabó su martini. Pida algo.

—Me mareo con mucha facilidad —rió ella.

Rex iba a decir: «Tanto mejor», pero se limitó a hacer una señal al mozo para que sirviese otro martini a la pelirroja.

—Albert Cole —dijo Rex presentándose con uno de sus cuatro nombres.

—Donna Kimberly —repuso ella, y le alargó una mano que él estrechó suavemente.

Le gustó aquella mano, le gustó su piel, le gustó la tibieza que de ella emanaba.

Infiernos, era un tipo de suerte. Aquello empezaba de primera.

Bebió su martini, y esta vez el mozo se apresuró a servirle, sin necesidad de que le hiciese ninguna señal.

Rex dejó resbalar la mirada otra vez por la figura de la joven y de pronto se quedó inmóvil, convertido en una estatua, al ver el anillo que ella exhibía. La pelirroja estaba casada.

Donna consultó el reloj.

—Tendré que darme mucha prisa.

—¿Para qué, Donna? —Era preferible desencadenar la ofensiva cuanto antes.

—Tengo hora en la peluquería. Quiero estar atractiva esta tarde.

—Usted lo está a todas horas.

—Oh, gracias, pero esta tarde regresa mi esposo de Europa y a él le gusta que no me falte un solo detalle.

Eran las once de la mañana. Rex se dijo que, con un poco de suerte, Donna dispondría de unas cuantas horas.

—¿A qué hora tiene anunciada su llegada?

—Su avión aterrizará en la pista a las siete de la tarde.

—Bueno, hay mucho tiempo por delante.

—En absoluto. Mi peluquero me citó a las doce.

—Entiendo, se refiere a Marcel Dupont.

—Oh, no, mi peluquero es Bryan Mathews.

Rex movió al cabeza a un lado y otro observando el cabello

rojizo.

—Lo siento de veras, Donna... Lo siento muchísimo.

—¿Qué es lo que siente?

—¿No ha oído decir a alguna amiga suya que Marcel Dupont es el mejor peluquero de Nueva York?

—Sí, lo he oído nombrar, pero soy cliente de Mathews desde hace mucho tiempo.

El la tomó del brazo suavemente.

—Donna, necesito que me conceda un amplio margen de confianza.

—¿Eh?

Rex carraspeó.

—Quiero decir que esta vez la va a peinar Marcel Dupont.

—Pero si no conozco a nadie allí.

—¿No le he dicho que soy muy amigo de Marcel? Ahora mismo le hago una llamada para decirle que esta tarde llevaré a la mujer más hermosa del país... —La interrumpió cuando ella fue a protestar—. No quito nada, la mujer más hermosa... Y esta tarde, cuando su marido descienda del avión, le doy mi palabra de que quedará asombrado al verla con su nuevo peinado. Ese que lleva es obra de Mathews, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, Marcel se va a encargar ahora de todo.

Antes de que Donna dijese nada, le dio unas palmadas en el brazo y se dirigió rápidamente hacia una cabina telefónica. Invirtió tan sólo un par de minutos en conseguir que Marcel Dupont estuviese de acuerdo en recibir a su nuevo cliente a las cuatro de la tarde y regresó junto a la pelirroja frotándose las manos.

—Ya está hecho.

—No sé si debo...

—Oh, Donna, no hablemos más del asunto.

—Pero ¿qué voy a hacer yo entretanto...?

—Yo le diré lo que hará. Almorzará conmigo.

—Perdón, señor Cole, pero no puedo aceptar. Mi sentido de la moralidad... Pero si usted quiere...

—Diga.

—Justamente hoy di vacaciones a mi doncella.

Rex sintió que la boca se le reseca.

—¿Quiere decir... en su apartamento?

—Vivo en un *bungalow*, en las afueras.

Rex decidió beber un trago de su martini para que no se le notase la emoción.

—Mi frigorífico está bien surtido —dijo la pelirroja.

—Muy bien, Donna. Acepto. Pero me permitirá antes que hagamos un brindis. Esta vez con *whisky*.

Esperó que ella dijese que no, pero la señora Kimberly sonrió.

—Me parece una buena idea.

Hicieron entrecuchar sus vasos deseándose suerte y bebieron.

—Si no tiene inconveniente, señor Cole, viajaremos en mi coche.

El auto resultó ser un «Buick» modelo de aquel año.

La joven condujo hacia el norte de Manhattan.

Rex tenía una gran experiencia con las mujeres, pero lo que le estaba ocurriendo ahora era verdaderamente extraordinario. Bueno, sabía que era guapo y que aquellos hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír le habían proporcionado grandes triunfos. A todo ello, debía agregar ahora el color bronceado adquirido en la playa de Miami.

El coche corrió por una calle desierta. Por un lado había un largo muro y por el otro se alzaban los *bungalows*.

La joven estacionó el coche frente al número 224.

Cruzaron un camino de grava y subieron a un porche.

Donna Kimberly introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, pasando al interior de la casa.

Rex fue tras de ella y en seguida sus ojos se detuvieron en el mueble más confortable que había en el *living*, un diván de un color rojizo.

—Encontrará *whisky* en el frigorífico, Albert. Yo, con su permiso, me voy a cambiar.

Rex fue a la cocina y pudo comprobar que el frigorífico estaba, efectivamente, bien repleto.

Alcanzó una botella de *whisky* y escanció en dos vasos agregando unos cubitos de hielo. Regresó con ellos al *living* y los puso sobre la mesa.

En un rincón había un tocadiscos. Eligió un estereofónico de Frank Sinatra con doce canciones de amor.

Mientras la atmósfera se llenaba con la voz aterciopelada del

cantante, Rex tanteó el diván. Era bueno. Se sentó con un vaso de *whisky* en la mano.

Al cabo de un rato oyó un ruido y volvió la cabeza.

Estuvo a punto de dejar caer el vaso. Donna se cubría con un jersey negro y pantalones rojos, muy ceñidos. Su silueta era maravillosa.

Ella tomó el vaso y se sentó a su lado.

Por primera vez en los últimos años, Rex se sentía como un colegial.

Había que probar suerte. Rex la besó.

De pronto se oyó una voz.

—Maldito. ¿Quiere dejarla de una vez?

Rex se apartó súbitamente de Donna. Sus ojos se agrandaron al ver al que había entrado subrepticamente en el *bungalow*. Estaba allí, junto a la puerta, y mostraba una pistola en la diestra.

CAPÍTULO II

Las facciones de su cara eran alargadas, los ojos verdosos, la nariz aguileña. Se cubría con gabardina verdosa muy corta y sombrero de fieltro.

—No es lo que usted cree, señor Kimberly —se apresuró a decir Rex.

El hombre a quien iban dirigidas aquellas palabras echó a andar hacia el diván. El arma apuntaba al estómago de Anderson.

De pronto la pelirroja se echó a reír.

Rex la miró asombrado.

La joven tomó su vaso y bebió un trago de *whisky*.

El tipo de la pistola se había detenido. Sus labios dibujaron una sonrisa irónica.

—¿Le gustó la nena?

Rex siguió perplejo.

Donna sonrió desperezándose.

—Es el trabajo más fácil que he realizado en mucho tiempo.

Anderson empezó a sentir que la rabia le corroía las tripas.

—Bueno, amigo —dijo el hombre—, vamos a aclarar de una vez las cosas para que no tenga necesidad de gastar células grises. Le pusimos un anzuelo y usted picó, aunque debe admitir que el cebo era de primera calidad.

—No les comprendo una sola palabra —dijo Rex.

—Díganos su nombre.

—Albert Cole.

El tipo le golpeó con el cañón de la pistola en la mejilla. Rex estrelló las espaldas contra el respaldo del diván. Sintió que la sangre le corría por la mejilla.

Donna se puso en pie.

—Hay ciertas escenas que no me gustan.

—Quédate, Donna —dijo el hombre.

—Está bien, Artie, tú mandas.

El llamado Artie sonrió a Anderson de nuevo mostrando unos dientes de perro camero.

—Usted es Rex Anderson. Lo sabemos perfectamente, de modo que no trate de engañarnos. También conocemos la personalidad que a nosotros nos interesa. Trabaja para una banda internacional que se dedica a la adquisición de secretos con posibilidades militares. En su pandilla es conocido con el nombre de Sócrates. Su última misión ha consistido en atrapar los planos del mayor descubrimiento realizado por Estados Unidos en tiempo de paz después de la última guerra mundial. El Antisatélite-Capricornio. La mujer que le ha traído aquí y yo trabajamos para unos caballeros que también tenían mucho interés en conocer esa arma, pero usted nos ganó por la mano, Anderson. Logró los planos antes que nosotros. Decidimos entonces atraparlo para que tuviese la amabilidad de entregarnos la mercancía.

Rex había aprovechado aquellos minutos para recuperar la serenidad. Sí, se había portado como un colegial. Pero todavía no estaba todo perdido. Sí, efectivamente, él era el agente Sócrates y había recibido la misión de conseguir al precio que fuese los planos del Antisatélite-Capricornio.

—No los tengo —dijo.

Artie bajó rápidamente el brazo y pegó con el cañón en la nariz de Rex.

Anderson se vino hacia adelante golpeando la alfombra con las rodillas. Sintió un agudo dolor al tiempo que por los orificios de la nariz le brotaba un chorro de sangre. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Los planos, Anderson —dijo Artie.

—Es cierto que no los tengo.

—Está bien. Si quieres que te rompa los huesos, es cosa tuya.

Donna se tendió en el diván con movimientos felinos.

—Anda rico, dile a Artie dónde tienes los planos y quizá luego continuemos la comedia donde él la interrumpió.

—Trotona —dijo Rex.

Artie lo cazó nuevamente con la pistola, ahora entre el cuello y

la oreja.

Anderson se desplomó de bruces hecho un ovillo.

Artie le clavó la puntera del zapato en la ingle.

—Anda, Anderson. Suéltalo, chico.

—Me los iban a entregar esta tarde.

—¿Quién?

—El hombre que pagué para conseguirlos.

—¿Dónde te los iba a entregar?

—En la Estación Central, taquilla número ocho, donde se expenden los billetes para Chicago.

—¿Quién es el tipo?

—Buddy Cores.

—Descríbelo.

—Treinta años, delgado, nariz aguileña, ojos azules. Tiene el pescuezo muy largo y la nuez le abulta mucho.

—Magnífico. Ya podemos descansar.

—Perderán el tiempo. No conseguirán los planos.

—¿Por qué no?

—Si Buddy no me ve junto a la taquilla, echará a correr. Para él será la señal de peligro.

—Tomaremos todas las precauciones.

—No hay nadie como Buddy para escabullirse. Anden, corran el riesgo y jamás tendrán los planos.

—Eres muy listo, Anderson, dices eso para que te llevemos allí.

—Pueden hacer lo que quieran. Estoy cansado de que me golpeen, por eso le he dicho la verdad. Me importa un rábano trabajar para unos o para otros. Soy un espía, no un patriota. Si dejan que los acompañe, les jugaré limpio. Yo esperaré a Buddy en la taquilla, tal como estaba previsto. El llegará a mi lado y me entregará los planos. Luego yo se los paso a ustedes.

Artie miró a la pelirroja que estaba bebiendo su *whisky* a pequeñas dosis.

—¿Qué dices, Donna?

—Iremos a la Estación Central. Anderson vendrá con nosotros. ¿Cuántos muchachos tienes fuera?

—Henrich y Norman.

—Son suficientes para impedir que Anderson trate de escapar.

—No pienso hacerlo —dijo Anderson—. Quiero trabajar con

vosotros.

—Muy bien, Rex —cabeceó Artie—. Si te portas bien, consideraremos tu petición de ingreso en nuestra sociedad.

—Vais a ganar mucho dinero con los planos y eso me lo vais a deber a mí.

—Basta ya —rezongó Artie—. Todo va a depender de ti. Levántate con las manos en alto.

Rex así lo hizo y Artie lo registró, despojándolo de una pistola que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

La pelirroja dio un suspiro y se levantó del diván.

El público se aglomeraba en la estación. Hombres y mujeres entraban y salían portando valijas.

Rex Anderson estaba rodeado por la pelirroja y sus tres compañeros.

—Bueno, chico —dijo Artie—, vete a la taquilla número ocho. Pero, recuérdalo, te juegas el tipo. Si haces cualquier señal a ese Buddy, y él echa a correr, nunca podrás contarle.

Rex sonrió. Tenía las narices hinchadas.

—No os preocupéis. Todo saldrá a pedir de boca.

Se alejó de ellos encaminándose hacia el lugar que él mismo había señalado.

Se detuvo antes de llegar. Cuatro o cinco personas estaban junto a la taquilla para proveerse del billete.

Sacó un cigarrillo y lo encendió, arrojando una bocanada de humo.

El grupo de Artie ya se había disgregado. Sólo la pelirroja continuaba en el mismo sitio. Los tres hombres se pusieron en semicírculo, uno a la derecha, otro a la izquierda y, en el centro, Artie.

Rex se dijo que si huía hacia la salida, sería cazado por uno u otro porque los tipos no le habían dejado ningún resquicio.

Vio a Buddy aparecer entre un grupo de personas que llegaban del andén. Su cabeza destacaba por encima de todas las demás.

Buddy lo descubrió a su vez y se dirigió hacia él mirando en su derredor.

Anderson pidió al cielo que Buddy tuviese a mano la mercancía.

La pelirroja le había advertido que no saliese al encuentro de Buddy, pero él dio un paso.

Buddy se le acercó sonriente.

—Hola, Rex.

—Dame eso, rápido.

—¿Qué pasa?

—Dámelo te digo.

Buddy leyó la alarma en la cara de Anderson y metió la mano en el bolsillo del pantalón, extrayendo un pequeño tubo.

Rex se apoderó de él.

—Echa a correr, Buddy. Estamos rodeados.

El dio el ejemplo y saltó por junto a Buddy encaminándose hacia el andén.

Buddy dio la media vuelta torpemente y siguió a Rex.

De pronto se produjeron dos estampidos.

Buddy fue alcanzado en la espalda y se derrumbó en el suelo.

Varias personas se pusieron a gritar al mismo tiempo.

Sonaron otros dos estampidos.

Anderson había tomado una buena delantera.

El encargado de taladrar los boletos alargó la mano, pero Rex se introdujo por el pasillo a una velocidad escalofriante, sin detenerse una fracción de segundo.

Al dar la vuelta, tropezó contra una joven, la cual se abatió con su valija.

Oyó los pasos precipitados de Artie y sus compinches.

Corrió con todas sus fuerzas mezclándose entre los peatones, los cuales se apartaban a su paso para no ser arrollados.

De pronto vio ante sí un espacio libre y sintió que el corazón le galopaba dentro del pecho. No, ahora ya no tendría salvación. Lo abatirían fácilmente.

Miró hacia la vía y vio cruzar una máquina. Saltó sin pestañear y una mujer dio un prolongado chillido.

Anderson se lanzó al aire cruzando a la otra parte, justo cuando uno de sus perseguidores hacía fuego contra él.

Se levantó sintiendo un agudo dolor en la rodilla.

Al echar a correr se dio cuenta de que se había lesionado seriamente. Renqueando, pudo llegar a la otra parte.

Los altavoces estaban dando la voz de alarma y quizá eso fuese una ventaja para él, porque la estación contaba con un sistema policial eficiente.

Avanzó por entre los vagones, pero oyó la voz de Artie:

—¡Eh, muchachos! ¡Va por allí! ¡Por la derecha!

No había servido de nada.

De pronto, Anderson se encontró con una casa en construcción. Allí había un mitro con un agujero. Se coló por él y encontróse en un solar baldío. El terreno dificultaba la huida, pero su instinto de conservación le dio fuerzas para llegar a la calle.

Dobló por la primera transversal que encontró en su camino. La luz de los anuncios le hirió los ojos. Teatro Emporium. *Una rubia para el pobre Joe*, y más abajo, *Gran revista musical*.

Sacó precipitadamente del bolsillo unos dólares y adquirió una localidad. Pero no pudo moverse tan rápidamente como para evitar que los hombres que llevaba a sus talones lo vieses entrar en el local.

Antes de ocupar su asiento, Rex se dio cuenta de que en las filas de atrás había muy pocas personas. No, no podía quedarse allí.

Avanzó por la fila en que se encontraba pidiendo disculpas y llegó al otro lado del pasillo. Volvió la cabeza. Artie y los otros dos estaban entrando en aquel momento.

Había una escalera de piedra que debía conducir a un corredor lateral y salió por ella. Al fondo vio una pequeña puerta. Había un hombre sentado en una silla. Se acercó rápidamente.

—No puede entrar —le dijo el hombre, apartando la mirada del libro que leía.

—¿Comunica con el escenario?

—Sí, señor.

Rex sacó un puñado de billetes y los puso en la mano del tipo.

Anderson no esperó a que le abriese la puerta, él mismo pasó a la otra parte cerrando tras de sí.

El público congregado en la sala estalló en una ovación.

Vio pasar frente a él a bailarinas con indumentaria brasileña.

Oyó que la puerta de atrás empezaba a abrirse.

La pierna se le agarrotó. No tenía salvación.

De pronto una bailarina se inclinó para descalzarse el zapato que indudablemente le apretaba. Rex no vio su cara, pero tuvo ante sí un enorme sombrero de frutas tropicales. Sin vacilar, sacó la cajita donde estaban encerrados los planos del Antisatélite-Capricornio y lo dejó caer sobre el enorme sombrero adornado con frutas

tropicales.

La bailarina siguió su camino.

Rex trató de adelantarse para ver la cara, pero un hombre lo tomó del brazo.

—¿Eh, dónde va?

—¡Suéltame!

Rex trató de desembarazarse del tipo, pero éste lo había atrapado fuertemente.

La bailarina desapareció por una puerta seguida de sus compañeras y por primera vez, Rex se dio cuenta de que todas eran iguales. Todas vestían igual, tenían las mismas piernas, la misma figura.

—¡Eh, oiga! —Volvió la cara hacia el individuo que lo sujetaba —: ¿Cuál era el nombre de ésa?

—Aquí no se puede esperar a las chicas. Hágalo en el callejón.

Seguían pasando bailarinas.

—Le pregunté por su nombre. Rex metió la mano en el bolsillo para sacar otro fajo de billetes, pero se quedó inmóvil al ver a Artie y a sus dos compañeros.

—Eh —dijo el empleado—. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¡Todos fuera!

Artie sonrió mientras pasaba un brazo por los hombros de Anderson.

—Ya nos vamos, amigo... ¿Verdad que sí, Rex?

Rex sintió la presión del cañón en su costado.

—Sí, nos vamos ahora mismo.

Lo sacaron del teatro y Artie se echó a reír.

—¿Creíste que nos la ibas a pegar? Has sido un estúpido.

Llegaron al solar baldío por el que minutos antes había cruzado Anderson, y Artie pegó un empujón al prisionero enviándolo contra el muro.

—Bueno, llegaste al límite. Saca lo que te dio Buddy.

—No me dio nada.

Artie le metió el cañón del revólver en el estómago.

—Escucha mi trato, Rex. Nos das los planos y sigues viviendo.

Chorros de sudor corrían por la cara de Anderson.

—¿Cómo sé que vais a cumplir vuestra palabra?

—Claro que la cumpliremos. Somos ovejas de la misma camada.

Sólo caímos en distinto pastor.

—Corriente —dijo Anderson—. Buddy me dio una cajita de aluminio. Dentro está el microfilm de los planos.

—Alárganos esa cajita.

—Ya no está en mi poder.

—Si es así, te vas a ganar una bala. Anda, dinos que la arrojaste por el camino mientras corrías y te agujereo las tripas.

—Me desembaracé de ella en el teatro.

—Qué ingenioso. ¿Lo oís, chicos? Ahora dirá que se la dio al abuelete que estaba guardando la puerta del escenario.

—No se la di a él.

—Ya lo sabemos. Sólo le entregaste diecinueve dólares.

—La metí en uno de los sombreros. Os juro que es cierto. Una de las bailarinas se agachó para descalzarse. Aprovechando su posición, dejé caer la caja metálica en la parte superior del sombrero donde llevaba la piña y lo demás.

—Estás mintiendo otra vez —dijo Artie y lo abofeteó dos veces—. Prepárate, Henrich.

Anderson no llegó a derrumbarse porque apoyó la espalda en la pared.

Uno de los sujetos, el llamado Henrich, puso el silenciador en la pistola y apuntó a Rex.

—La verdad, chico —dijo Artie.

—Os lo acabo de decir.

—¿Cuál es la chica?

—No lo sé, no la conozco. Cuando vosotros llegasteis, estaba preguntando por ella al fulano que había allí, pero no le disteis tiempo para informarme.

—Sí —dijo Artie—. Creo que ahora dice la verdad... De todas formas te registraremos... después de muerto.

—¡No! —empezó a gritar Rex.

La pistola con silenciador que manejaba Henrich dejó escapar un suave estampido. En la camisa de Rex apareció un agujero y de él manó un poco de sangre.

Los tres verdugos se apartaron de su víctima, la cual agrando los ojos.

—Cerdos —escupió entre dientes, pero ya no pudo decir nada más porque se derrumbó.

—Registradlo —dijo Artie—. Y ya sabéis cómo hacerlo.

Henrich y Norman desnudaron a Rex y después de registrar los bolsillos, rasgaron los forros de la chaqueta y del pantalón en busca de los planos.

Artie se encargó de los zapatos y los calcetines.

—Bueno —dijo cuándo hubo concluido—. Creí su historia porque justo cuando abría la puerta vi que se levantaba la bailarina que se había quitado el zapato delante de Rex.

—¿Te fijaste en su cara, Artie? —inquirió Henrich.

—No, ella estaba de espaldas, y al levantarse, continuó su camino. La cubrieron las que iban detrás.

—¡Dios mío! —exclamó Henrich—. ¿Sabes lo que eso significa, Artie?

—Sí, Henrich, todas las chicas son parecidas unas a otras como gotas de agua. Todas están por el uno sesenta y cinco, poseen la misma figura y todas ellas tienen el cabello rubio.

—Sólo te falta saber cuántas son. Vi la revista la semana pasada. ¡Son treinta chicas, Artie!

—¡Como si fuesen cien! Sabemos que en uno de esos treinta sombreros está el microfilm. Y ya sabéis cuál es la consigna. ¡Hemos de conseguirlo como sea!

CAPÍTULO III

Russ Mayer, *girl* del conjunto que interpretaba la revista *Una rubia para el pobre Joe*, se acercó a su compañera Carolyn Winters.

—¿Quieres abotonarme, querida?

Carolyn dejó el cepillo del cabello sobre el tocador y empezó a abrochar la blusa de su amiga por la espalda.

Carolyn poseía una cara muy picaresca, de nariz respingona, ojos almendrados de un color verdoso y boca de labios gruesos.

—Debes darte prisa, Carolyn —dijo Russ, una muchacha muy alegre, desenvuelta, que tras dos matrimonios había iniciado la lucha por un tercer marido.

—¿Prisa para qué?

—¿Es que no recuerdas? La fiesta de esta noche.

—¿Qué fiesta?

—¿Cómo puedes ser tan despistada? Te lo dije ayer. Nos invitaron al baile que da Angus Davis.

Angus Davis era un famoso empresario de Broadway que, como Russ, sentía una especial atracción hacia el matrimonio. Según las estadísticas del *Vanity*, Angus Davis había recorrido por cinco veces el camino que conducía al tálamo nupcial.

—Tendrás que prescindir de mí —dijo Carolyn.

—¿Eh?

—Ya te dije que no iría.

—¡Pero, Carolyn! No me puedes hacer esa faena... He contado contigo.

—Puedes ir solita por el mundo. Nadie te comerá.

—No se trata de eso. ¿Es que no lo comprendes? Quiero dar la impresión a Angus de que soy una chica difícil de conquistar... de buenas costumbres. Naturalmente, lo soy, pero ya sabes que en esta

vida no basta con ser una cosa, sino que hay que parecerlo. Con tu compañía lo lograré. Angus es un tiburón. Si me presento sola en su casa, seré fácil presa de sus dientes cortantes como los de un serrucho.

—Tiene fácil arreglo. —Carolyn miró a la joven que había al otro extremo del camerino general—. Invita a Julie.

—¿Crees que estoy loca? —repuso Russ—. Esa Julie es una traga-hombres. Tú lo sabes. Sería capaz de hacer pedazos a Angus. Me está dando la lata todos los días pidiéndome que se lo presente. ¡Qué gran oportunidad para ella!

—Está Marcia.

La llamada Marcia se encontraba frente al espejo de al lado, retocándose los labios con el lápiz.

—Lo siento —dijo—, pero estoy comprometida con, mi chico, y por nada del mundo lo dejaría plantado.

—Ahí lo tienes, Carolyn —dijo Russ—. ¿Vas a consentir que sea una desgraciada el resto de mi vida? Angus es el hombre de mis sueños.

Carolyn dio un suspiro.

—Aunque quisiese, no podría ir.

—¿Por qué no?

—No tengo disfraz. Y ya sabes que a estas horas no hay ningún almacén abierto para alquilar un vestido.

Russ se quedó un instante pensativa, y de pronto, hizo chascar los dedos de su mano.

—Lo tengo solucionado. Todo el mundo está de acuerdo en que tú eres a la que mejor le sienta ese vestido de brasileña con el sombrero de frutos tropicales.

—Olvidas que la encargada del vestuario no presta un solo traje a nadie.

—En esta ocasión convenceremos a la señora Smith.

—No lo conseguirás.

—Me conoces muy poco, Carolyn Winters.

Russ se apartó de Carolyn con paso decidido.

Carolyn continuó quitándose el maquillaje.

Sus compañeras fueron abandonando el camerino una vez, vestidas. Sólo quedó ella. Sonrió pensando en que Russ no lograría convencer a la señora Smith. Realmente, no sentía ningún deseo de

concurrir a la fiesta de Angus Davis, y por otra parte, tenía su conciencia tranquila con respecto al futuro de su amiga. Russ tenía experiencia con respecto a los hombres y sabría desenvolverse frente al empresario sin necesidad de ayuda alguna.

Ya estaba lista para salir cuando se abrió la puerta del fondo y vio aparecer a Russ portando una gran caja de cartón.

—¿Qué es eso? —Tu vestido de brasileña.

—¿Cómo la pudiste convencer?

—Con una propina de cinco dólares.

Carolyn se dejó caer en la silla.

—¿Por qué te conocería?

—Es la mar de sencillo, ¿no lo recuerdas? Te lo dijo aquella echadora de cartas. Naciste bajo el signo de Capricornio y harías favores a una amiga que hubiese nacido con el signo de Aries. Y ésa soy yo...

Tomó a Carolyn del brazo y las dos se pusieron en movimiento hacia la salida del teatro.

Habían transcurrido cinco minutos desde que el camerino general quedó desierto cuando la señora Smith entró seguida de tres hombres: Artie, Henrich y Norman.

La señora Smith, gruesa, de unos cincuenta años, carirredonda, provista de una doble papada, miró al trasluz los cuatro billetes de cinco dólares que poco antes Artie había depositado en el bolsillo de su guardapolvo.

—Bueno, ¿qué es lo que quieren? —preguntó la señora Smith—. Las chicas ya se marcharon. Si es eso, tendrán que esperar hasta mañana.

Artie esbozó una sonrisa.

—Se trata de un trabajo mucho más sencillo que el presentarnos a unas chicas, señora Smith.

—Usted dirá.

—Queremos echar un vistazo a cierto vestuario de las *girls*. Verá, nosotros somos decoradores de Los Angeles. También estamos relacionados con el teatro y nos llamó la atención eso que tienen las muchachas en el sombrero. Tengo la impresión de que esos frutos tropicales están hechos con una nueva materia plástica. Usted nos va a traer aquí todos los sombreros.

—Pero no se llevarán ninguno.

—No, desde luego. Sólo queremos hacer un examen.

—En tal caso, bastará con que vean uno.

—¡Oh, no! De ninguna forma. Todos. La distribución de los frutos es distinta en cada uno de ellos.

—Está bien, pero es mucho trabajo.

—Nosotros la ayudaremos. La acompañaremos adonde estén las cajas y los iremos viendo uno a uno.

Minutos más tarde, Artie, Henrich y Norman examinaban los sombreros que las *girls* utilizaban en el número brasileño de la revista.

La señora Smith estaba justo a la puerta, observando lo que hacían aquellos hombres. Cuando Artie hubo terminado con el último sombrero, frunció los ojos. Sus dos hombres, Henrich y Norman lo miraron parpadeantes.

—Ese tipo nos engañó —dijo Henrich.

—¡No, maldita sea! Os repito que dijo la verdad. —Artie giró bruscamente hacia la señora Smith—. Aquí falta un sombrero. Las chicas son treinta y sólo hemos examinado veintinueve.

—Bueno, creí que no tenía importancia el que dejaran de ver uno.

—¡Le dije que quería verlos todos! ¡Traiga inmediatamente ese sombrero que falta!

La señora Smith se pasó la lengua por los labios.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso.

—¿Por qué no puede?

Henrich había empezado a andar hacia la señora Smith con cara de pocos amigos, pero Artie lo detuvo con un ademán.

—Estoy esperando su respuesta, señora —dijo Artie, con voz imperiosa.

—El sombrero que falta se lo llevó la chica que lo saca en escena.

—¿Que se lo llevó? ¿Adónde?

—Tenía que acudir a un baile de disfraces.

—Deme más detalles. El nombre de la chica y todo lo demás, ya sabe.

Artie sacó otros cuatro billetes de cinco dólares que puso en la mano de la señora Smith.

—Ella se llama Carolyn Winters. Fue una compañera suya, Russ

Mayer, quien me pidió el traje para Carolyn. La fiesta la da el empresario Angus Davis. Ha alquilado la sala de fiestas del hotel *Poney* para celebrar el baile de disfraces.

Poco después, Artie penetraba en la cabina telefónica de un bar cercano al teatro, mientras Henrich y Norman se quedaban en el mostrador bebiendo *whisky*.

Después de marcar un número, le llegó una voz ronca desde la otra parte, y él dijo:

—Jefe. Aquí Artie.

—¿Ya lo tenéis?

—Hubo dificultades.

—¿Qué es eso de dificultades? ¿Vas a decir que Donna fracasó?

—No, jefe. Ella hizo su papel a la perfección.

Artie hizo un relato de la trampa que habían tendido a Rex Anderson y de los sucesos que sobrevinieron después.

—Sois una pandilla de estúpidos —exclamó el jefe—. Tenéis que introducirlos en esa fiesta de Angus Davis.

—Pero ¿cómo, jefe? No tenemos disfraces.

—Pasad por la casa. Yo os facilitaré disfraz de pirata. Creo que en realidad no servís para otra cosa. Como siempre, utiliza la llave porque yo no estaré aquí. Encontraréis los trajes en el despacho.

—Sí, jefe. Ahora mismo vamos para allá.

CAPÍTULO IV

Pídame usted lo que quiera. Estoy dispuesto a ponerle la luna a sus pies.

Carolyn Winters quería quitarse a aquel pelma de encima. Desde que llegó a la fiesta de Angus Davis en compañía de Russ Meyer, un tipo disfrazado de Arlequín se le había pegado como una lapa y no la dejaba respirar, y a ello debía de agregarse su fogosidad verbal. Quería sacarla de la fiesta y llevarla a su cabaña.

Carolyn echó mano a su único recurso. Dio un pisotón en el pie derecho del Arlequín y éste se vio obligado a soltarla, al tiempo que lanzaba un grito.

—¡Oh! —dijo Carolyn—. Allí veo a mi primo. Nos veremos dentro de un rato.

No era su primo, naturalmente, sino un hombre disfrazado de pirata. No podía verle la cara porque la cubría con un antifaz. Estaba junto a una mesa dando cuenta de un bocadillo.

Carolyn se apartó rápidamente del pelma y plantóse delante del pirata.

—Por favor, sígame la corriente.

—¡Eh! ¿Cómo? —dijo el pirata con la boca llena.

Carolyn vio por el rabillo del ojo que se aproximaba el pelma.

—Primo Andy, has estado la mar de acertado al ponerte ese disfraz de filibustero. Seguro que tuviste en cuenta tus antepasados. ¡Qué gracioso! ¿Verdad?

Ella soltó una carcajada y él también rió sin ganas.

Ya estaba llegando Arlequín junto a los dos.

Carolyn tomó con su diestra el bocadillo que sostenía el pirata y lo puso sobre la mesa.

—Es *twist*, primo Andy, nuestro ritmo favorito.

Pero tuvo que ser ella quien atrapase a primo Andy y se lo llevase bailando ante la cara perpleja de Arlequín.

Carolyn corrió muy aprisa e hizo correr a su pareja.

—¿Es esto el *twist*? —preguntó el pirata—. Desconocía que fuese tan fácil. Correr y correr, ¿eh? Vayamos más aprisa.

Ya habían llegado al centro del salón y Carolyn frenó bruscamente.

—Disculpe, señor...

—¿Ya no soy su primo Andy?

—Tuve que echar mano a un recurso para quitarme de encima a ese caballero. Habrá creído que estoy loca, ¿verdad?

—¡Oh no! Sólo pensé que era efecto del *whisky*... Pero ahora lo comprendo todo.

—Soy Carolyn Winters.

—Phil Johnson, y debo anticiparte que acertó con mis antepasados. Uno de ellos fue filibustero, Harry *el Tuerto*.

—No se aflija por ello. —La joven bajó la voz y agregó, en tono confidencial—: Mi tío Jimmy, hermano de mi padre, estuvo a punto de morir en la silla. Fue en Chicago, durante la época de la ley seca. Era un fulano terrible, jefe de una banda. Peleó con Al Capone... Pero Al Capone era muy fuerte y ordenó a la policía que detuviesen a mi tío bajo acusación de asesinato. Tío Jimmy se salvó de la última pena gracias a una hermosa estrella de un club nocturno que era amiga del gobernador, pero tuvieron que gastarse mucho dinero para sobornar a los jurados que ya estaban sobornados...

—Celebro que a su tío Jimmy no lo achicharrasen.

—Es una buena persona. Hoy día, en mi pueblo, preside la junta para que los niños no jueguen con juguetes bélicos.

—Una misión muy noble. ¿Quizá pertenece usted también a la asociación?

—No. Yo pertenezco a la ETRA.

—¿Alguna nueva institución de la ONU?

—Empresa Teatral de Revistas Americanas. ¿No ha visto el espectáculo del Emporium *Una rubia para el pobre Joe*? Soy la segunda chica del conjunto a partir de la izquierda.

—¡Oh, qué grata sorpresa! Nunca había conocido a una *girl*.

—¿Es cierto?

—Las he visto muchas veces fotografiadas, pero nunca estuve

tan cerca de una de ellas como lo estoy ahora.

—Entonces ya sé cuál es su profesión. Debe ser uno de los tripulantes de los satélites. Dicen que los tienen días y días metidos en esas cápsulas para acostumbrarlos a la soledad.

—No, Carolyn. No me dedico a eso. Soy buscador de tesoros.

—¿Buscador?

—Sí, Carolyn, buscador. Al parecer me viene de herencia. De pequeño atrapé un manuscrito de tío Harry, del que le hablé antes. Según parece, escondió un tesoro en cierta isla de las Bermudas. Eso se me grabó muy profundamente, y cuando cumplí los dieciocho años, decidí encontrar el tesoro de mi tío.

—¿Lo logró?

—No, pero encontré algunas cosas que cierto museo consideró muy interesante. A mí me gustó el trabajo y desde entonces no he hecho otra cosa. Justamente dentro de unos días partiré para realizar uno de mis viajes.

—Debe ser un hombre de acción.

—No piense eso. Soy un hombre la mar de pacífico.

—Es usted muy modesto.

—No, Carolyn. Hoy día no hay necesidad de recurrir al abordaje, de batirse con espada o de echar mano al arcabuz. Mi trabajo no es tan arriesgado como la gente cree. Los peligros con los que uno se enfrenta son los naturales del mar, una tempestad, un pulpo que te espera escondido entre las rocas... Uno se libra de todo eso gracias a la habilidad, y si se muere, es por accidente.

—¿A quién conoce de esta fiesta?

—Me trajo casi a la fuerza un amigo de Angus Davis. ¿Y usted?

—Me ocurrió algo parecido. También yo estoy aquí por casualidad... Oh, tengo sed.

—En un momento le traigo algo refrescante.

Phil acompañó a la joven hasta un diván que había junto a la pared y que estaba desocupado. La joven se sentó y él hizo un saludo mientras se alejaba de su lado.

Carolyn estuvo a punto de decirle que se quitase la máscara porque no le había visto todavía la cara, pero ya era demasiado tarde. Phil Johnson se abrió paso por entre las parejas.

Carolyn frunció el entrecejo al darse cuenta de que se sentía interesada por aquel hombre.

De pronto lo vio aproximarse, pero no traía nada en las manos.

—Llegó tarde, ¿eh? —dijo Carolyn.

El hombre que se dirigía a ella se quedó sin habla. La razón era sencilla porque no se trataba de Phil Johnson, sino de un invitado que usaba un traje de pirata exactamente igual al del buscador de tesoros.

—No pude darme más prisa —contestó él al azar.

Carolyn notó que aquella voz era un poco más ronca que antes, pero no le concedió mucha importancia.

El pirata se sentó al lado de la joven mirando atentamente el sombrero que ella exhibía.

—Su disfraz es precioso —dijo.

—Es el que exhibo en un número de la revista.

—Ya lo sabía, quiero decir que lo he imaginado... Está usted maravillosa con él.

—Gracias, señor Johnson. A usted también le sienta muy bien ese disfraz de pirata.

Henrich, que era el hombre que hablaba con Carolyn, dio un respingo al oírse llamar por el nombre de Johnson, pero luego se dio cuenta de que él llevaba la cara cubierta por el disfraz y de que, indudablemente, la joven lo había tomado por otro invitado. Bueno, él se había acercado a la muchacha para quitarle la cajita metálica que contenía el microfilm del Antisatélite-Capricornio.

Pasó el brazo por detrás de la joven sin tocarla.

—Esos frutos están muy bien imitados. Parecen auténticos... Caramba, una piña, un plátano y un coco... Y están diciendo comedme...

Metió la mano por entre los frutos tropicales de plástico y sus dedos encontraron en seguida la caja metálica, entre el coco y el plátano.

—Cuidado, señor Johnson, me va a quitar el sombrero.

Henrich apartó el brazo de la joven sintiendo un cosquilleo en el estómago. Ya lo tenía y por aquel trabajo cobraba mil dólares, tanto como Norman. La parte del león se la llevaba Artie, que iba a meterse en el bolsillo cinco de los grandes.

—Infiernos —exclamó, levantándose.

—¿Qué le pasa, Johnson?

—Acabo de recordar que me dejé abierto el grifo del baño. Con

su permiso, nena.

Henrich se marchó riendo roncamente.

Abrióse paso por entre los invitados y de repente tropezó con un hombre que iba vestido de pirata igual que él.

—Ya lo tengo. Te lo meto en el bolsillo.

Phil Johnson, que tenía una mano ocupada con un vaso de refresco, sintió que le metían algo en el bolsillo derecho del chaleco de pirata. Aquel hombre a quien no conocía le pegó una palmada a la espalda.

—Tal como quedamos, dentro de diez minutos en el coche, ¿eh, Artie? Nos marcharemos por separado para que no se note nada.

Phil vio alejarse al individuo y encogió los hombros. Otro borracho.

Cuando se acercaba al diván, Carolyn le sonrió alegremente.

—Tiene usted una forma de aparece y desaparecer que asombra. Y fue bueno su chiste sobre el grifo. Gracias por el refresco.

Phil no entendió nada, pero después de todo, se encontraba en una fiesta donde corría el licor en abundancia. Allí todo el mundo había bebido en exceso y Carolyn Winters no era una excepción.

Cuando Henrich llegó al coche en que había viajado con Artie y Norman hasta el hotel, se encontró a solas. Introdujose en el asiento trasero y encendió un cigarrillo.

Al cabo de un rato llegó Norman, a quien identificó porque el antifaz no acertaba a cubrirle la pequeña cicatriz de la frente.

—¿Lo conseguiste, Henrich?

—Desde luego. Ya puedes ir pensando en qué gastar los mil dólares.

—Le compraré una pulsera a Liona.

—¿Otra pulsera? Es la tercera que le compras en lo que va de año.

—La pobre es muy descuidada. Las pierde todas.

—Y tú te lo crees.

—¿Qué quieres decir?

—Es la mar de sencillo. Ya te dije que la había visto en compañía de Jim *Patillas*.

—Es un amigo de la infancia. El padre de Jim está paralítico. Liona de vez en cuando le hace una visita. Al padre, ¿lo entiendes? Sólo al padre.

—Te falta conocer una cosa acerca del padre de Jim, muchacho.

—¿El qué?

—Que murió cuando él tenía siete años de edad.

Norman atrapó a Henrich del cuello.

—Te voy a estrangular como digas eso. Estás mintiendo... ¡No te creo! ¡Dime que mientes!

En aquel momento se abrió la portezuela de junto al volante.

—¿Qué os pasa a los dos? ¡Maldita sea! ¿Es que queréis que os de un escarmiento?

Norman se serenó al ver a Artie, quien se había despojado del antifaz.

Henrich se arregló la camisa que Norman le había arrugado.

—No te volveré a abrir los ojos. Por mí puedes comprar a Liona todas las pulseras que quieras...

—Al grano —lo interrumpió Artie—. ¿Tienes la mercancía, Henrich?

Henrich se quedó con la boca abierta y de pronto rió.

—La tienes tú en el bolsillo, Artie. ¿Lo recuerdas? Te la puse allí. Artie arrugó la nariz.

—No estoy para bromas, Henrich.

—Me acerqué a ti durante la fiesta, después que saqué la caja del sombrero de la bailarina. Llevabas un vaso de refresco.

—¿Qué estupidez es ésta? No le he visto durante la fiesta. No te acercaste a mí durante el rato que estuviste ahí arriba. Os vi salir con poca diferencia de tiempo y me dije que ya lo habíais conseguido. ¿Vas a decir ahora que fracasaste, Henrich?

—Pero, Artie, te repito que saqué el microfilm y te la entregué a ti.

Hubo un silencio y Artie esbozó una sonrisa.

—Creéis que podéis hacer el negocio per vuestra cuenta.

Norman protestó.

—Eh, Artie, no me metas a mí en eso. No sé nada.

—Te comprendo, Henrich —dijo Artie—. Lo quieres hacer tú solito. El gran Henrich Kriesler quiere volar sin compañía. Has pensado que podrías prescindir de nosotros, de Norman y de mí.

—Oye, Artie, soy yo el que no entiende una palabra de todo este embrollo, pero me da en la nariz que eres tú quien pretende pescar sólo la pieza. Y te equivocas. Nadie le ha tomado el pelo nunca a

Henrich, ¿lo oyes?

Artie había sacado un encendedor y ahora se puso un cigarrillo en los labios. Apretó un botón y se oyó un chasquido.

Henrich se desplomó contra el respaldo del asiento, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Norman estaba asombrado mirando a su compañero.

—Se ha desmayado, Artie.

—Fue un ataque al corazón —dijo Artie.

—Pero si tenía el corazón sano... Henrich se pasaba la vida fanfarroneando de él.

Artie exhibió el encendedor.

—El corazón más sano del mundo no puede digerir de una vez una bala de cianuro. ¡No seas estúpido y regístralo de una vez! Quiero esa cápsula.

Norman salió de su asombro y se puso a registrar los bolsillos de Henrich.

—No tiene la cápsula, Artie.

—¡Maldita sea! Ha de tenerla. Mírale las botas, en los tacones, en todas partes.

Norman continuó buscando.

De repente, Artie hizo chasquear los dedos.

—No es posible...

—¿A qué te refieres, Artie? —preguntó Norman, interrumpiendo su trabajo.

—Ahora recuerdo haber visto un tipo disfrazado de pirata en esa fiesta y no me pareció ninguno de vosotros dos. ¡Eso lo explica todo! Henrich se hizo con la cápsula, pero se la entregó por error a ese fulano. ¡Hemos de volver al hotel!

—Pero ¿qué hacemos con Henrich?

Artie sacó una botella de *whisky* y la puso en la mano de Henrich.

—Así parecerá un borracho. Vamos de una vez, Norman. Hemos de quitarle la cápsula a ese entrometido.

CAPÍTULO V

—Es usted la chica más divertida que he conocido en mi vida — dijo Phil Johnson.

—También es usted el hombre más simpático que yo he tratado desde que llegué a Nueva York —sonrió Carolyn.

Los dos estaban bailando.

—¿Bajo qué signo nació usted, Phil?

—Libra.

—Es maravilloso.

—¿Por qué?

—Mi signo del zodiaco es Capricornio. Tengo afición por eso, ¿sabe? Alguien piensa que es una tontería, pero yo creo que nuestro destino está señalado por los astros.

—¿Y qué le dijeron de su destino?

—Una mujer que encontré en cierto pueblo del Sur me aseguró que correría una aventura muy peligrosa. Estaría a punto de perder la vida y me salvaría un hombre nacido bajo el signo de Libra.

—Bueno, para que ocurran todas esas cosas tendría necesidad de acompañarme en uno de mis viajes. En una isla, cerca del golfo de México, vive una tribu en estado semisalvaje. Podemos poner proa hacia ella. Si usted cae en manos de los nativos, es posible que ocurra todo lo que le pronosticó esa mujer que encontró en un pueblo del Sur.

—Lo siento, pero no puedo participar en su viaje. Me debo a mi profesión. Tengo suscrito un contrato con mi empresario y no quedaré libre hasta dentro de seis meses.

—Entonces, no puedo ser el hombre que la salve de un peligro de muerte. Cuantío vuelva de mi inmediato viaje, emprenderé una jira mundial para dar unas conferencias. Calculo que estaré ausente

dos años. Si tiene usted paciencia y espera meterse en una aventura para entonces, estoy dispuesto a correr con el papel que me reservó la profetisa.

—Vamos a la terraza. Aquí hace un calor horrible.

Cuando llegaron a la terraza, ella respiró profundamente.

Phil metió la mano en el bolsillo del chaleco para sacar los cigarrillos y sus dedos tropezaron con un objeto que le pareció extraño. Lo sacó. Era una caja. De repente, recordó que se lo había introducido aquel hombre vestido de pirata cuando volvía junto a Carolyn para entregarle el refresco. Se había olvidado del incidente en seguida.

—¿Qué clase de cigarrillos utiliza, Phil? —dijo Carolyn, mirando la caja—. No me irá a decir que es adicto a las drogas.

—Oh, no encontré esto aquí por casualidad.

Metió la mano en el otro bolsillo y sacó los cigarrillos y el encendedor.

Carolyn vio aparecer tíos piratas procedentes del salón.

Phil estaba abriendo la caja, pero la tapa estaba herméticamente cerrada y le costaba algún trabajo.

—¿Le puedo ayudar? —dijo Artie.

—No gracias. Puedo hacerlo yo solo.

—No abra esa caja.

Johnson entornó los ojos. Estaba seguro de que aquel hombre no era el que le había colocado la cápsula de aluminio en el bolsillo, pero una voz interior le decía que se habían reunido demasiados piratas en aquella fiesta.

—Oiga, ¿qué le pasa a usted?

—Alárgueme eso que tiene en la mano.

—No es suyo.

—Claro que es mío. Yo se lo di.

—No. Usted no fue.

Norman intervino:

—Fui yo.

Phil Johnson movió la cabeza en sentido negativo.

—Tampoco fue usted. Debe haber otro tipo disfrazado como nosotros. ¿Dónde está?

—Eh, míster —dijo Artie—, creo que se está buscando complicaciones.

—¿No le parece que son ustedes quienes las buscan?

—Oiga, esa cápsula que tiene en la mano no tiene la menor importancia. Suéltela y le dejaremos proseguir su romance con la brasileña.

—Quizá pueda darle la caja.

—Eso está mucho mejor.

—Si me dicen lo que contiene.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Es lo que se acostumbra a hacer con los objetos perdidos. Usted me dice lo que hay dentro de esta cápsula y si acierta no tendré ningún inconveniente en dársela.

Artie apretó los maxilares. Luego se echó a reír.

—Está bien, se lo diré.

—Magnífico.

—Contiene la copia de una película.

—¿Qué película?

—La hizo mi cuñado cuando el cumpleaños de mi pequeño Johnny. Lo celebramos hace seis días. Mi cuñado Jack disparó la película para hacemos pasar un buen rato. Ahí lo tiene todo explicado.

—De modo que su cuñado fue quien dejó la cápsula en el bolsillo.

—Justo, fue él.

—¿Dónde está?

—Se emborrachó y tuvimos que acompañarlo al coche. Cuando nos íbamos, Jack dijo que me había dado a mí la copia de la película durante la fiesta. Le dije que estaba equivocado y de pronto me acordé de que en esta fiesta había otro pirata. Usted, amigo. Llegué a la conclusión de que Jack, en su estado de embriaguez, no se había dado cuenta de lo que hacía.

—No es mala la explicación.

—Celebro que le guste. Deme ahora la caja.

—Falta un pequeño detalle.

—¿A qué se refiere?

—A la comprobación.

Phil dio un tirón fuerte de la tapa de la caja y la abrió.

—Eh, ¿qué hace? —exclamó Artie.

Phil extrajo de la cápsula un pequeño rollo de película, el cual

desenrolló alzándolo para verlo al trasluz. Sus ojos contemplaron una serie de fórmulas de ecuaciones.

—Es curioso —dijo—. Al parecer, su cuñado se equivocó al disparar y sólo tomó lo que había en la pizarra del pequeño Johnny.

—¿Qué galimatías está diciendo?

—Tengo algunos conocimientos de Física y aquí observo cosas muy interesantes.

—Deme eso de una vez.

Fue a contestar negativamente, pero se interrumpió al ver que el hombre que había entablado la discusión con él le apuntaba con una pistola.

Carolyn, que había seguido aquel diálogo con creciente interés, dio un gritito.

—Cuidado, nena —le advirtió Artie—. Otra exclamación como ésa y agujereo tu linda piel.

Norman también exhibía un arma.

—¿Dónde aprendieron esos modales? —habló Phil Johnson, sin perder la calma.

—Venga, tipo listo —repuso Artie—. Meta esa película en la cápsula y arrójela hacia acá. Tiene cinco segundos.

—¡Corra, Phil! —exclamó Carolyn—. Devuélvasela antes de que lo mate.

Pero Johnson imprimió a sus movimientos una gran parsimonia. Introdujo el microfilm en la cápsula, cerró ésta y se lanzó sobre Artie.

La pistola de Norman, provista de silenciador, dejó escapar un pequeño estampido que sólo se oyó en la terraza porque quedó ahogado por la algarabía que llegaba del salón.

Carolyn saltó sobre el brazo armado de Norman.

Johnson había logrado atenazar la muñeca de Artie haciendo pasar la pistola por junto a su costado. Aprovechando su impulso, conectó la derecha en el mentón de su enemigo, el cual se desplomó sin conocimiento.

Carolyn y Norman cayeron en el suelo.

Norman trató de desembarazarse de la joven para poderse valer de la pistola, pero Carolyn se había aferrado a su brazo con las dos manos.

Johnson llegó pronto en auxilio de Carolyn y propinó un

puñetazo en la sien de Norman enviándolo a la región de los sueños, para que hiciese compañía al otro pirata.

—¿Se encuentra bien, Carolyn?

—¡Phil! ¡La profecía! ¡Se ha cumplido! ¡Peligro de muerte! ¡Usted me ha salvado!

—Siento decepcionarla, Carolyn, pero creo que la profetisa se equivocó. He sido yo quien corrió un peligro de muerte y Usted quien me ha salvado. Y ahora me va a hacer un favor. Lléguese al teléfono y pida a la telefonista el número del FBI.

—¿FBI?

—Sí, Carolyn. Estos hombres son dos espías. Estoy seguro de que la cápsula que introdujeron en mi bolsillo encierra un secreto militar.

—Sí, señor. Ahora mismo... FBI.

La joven desapareció de la terraza.

Phil tomó una de las pistolas y guardó la otra en el bolsillo.

Artie fue el primero en recuperar el conocimiento. Se levantó tambaleante y miró con ojos de odio a Johnson.

—No sea estúpido. Deme esa caja.

—Ya apareció el dueño, amigo.

—¿A quién se refiere?

—Al presidente de Estados Unidos.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Tenga un poco de paciencia y verá al representante del señor presidente dentro de unos minutos. Si continúa queriendo discutir la posesión de la caja, tendrá que vérselas con él.

Artie se mojó los labios con la lengua.

—Oiga, amigo, no sé siquiera quién es usted, pero estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. ¿Le parecen bien quinientos dólares?

—Estima en muy poco mi vida. Estuvo a punto de matarme.

—Muy bien. Dos mil y no hablemos del asunto.

—No se canse, compañero. Sólo quería saber a qué cantidad saltaría desde los quinientos. Debe ser muy importante para usted esa pelculita del cumpleaños de Johnny.

Norman se levantó también y estuvo a punto de caer otra vez. Miró estúpidamente a Johnson y luego a Artie.

—¿He oído algo del FBI o sólo fue una pesadilla?

—No. No fue una pesadilla. El entrometido quiere llamar a los federales.

Norman dio un paso hacia Phil, pero se interrumpió al ver que éste movía la pistola apuntándole.

Artie estaba lleno de ira.

—Escúcheme de una vez por todas. Usted acertó. No es una película de cumpleaños. Tiene en su mano la posibilidad de llenarse los bolsillos de billetes. Sólo tiene que acompañarme y labrará su fortuna.

—Muy hermoso.

—A partir de ahora no se preocupará del futuro. Todo lo tendrá resuelto. Esta misma noche le va a dar una sorpresa a su mujer y a sus hijos cuando les enseñe el montón de billetes de a mil.

—No hay mujer ni hijos.

—Está bien, a su hermana.

—Tampoco hay hermana.

—¡Maldita sea! A su abuelo, a quien sea... Sólo tiene que acompañarme y hará el mejor negocio de su vida.

De pronto se oyó una voz desde la puerta de la terraza.

—¿Adónde quieres llevarlo, Artie?

Todos miraron en la dirección de donde procedía la voz. Allí había aparecido un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, cabello blanco, cara de rasgos apacibles. No se encontraba solo. A su derecha estaba Carolyn Winters, y a su izquierda, dos hombres que parecían dos atletas.

Artie forzó una sonrisa.

—Infiernos, señor Kevin, ésta sí que es una casualidad. ¿También está en la fiesta?

—Sí, Artie, pero a mí no me enviaron tarjeta de invitación. Me llegó a última hora gracias a la señorita Carolyn Winters.

—Siempre he dicho que el mundo es muy pequeño.

—Te creía en Europa, Artie, después que escapaste de nuestras manos hace dos años.

—Estuve allí, pero Europa resulta muy aburrida.

—Bueno, Artie, el Estado se va a encargar de que tu regreso a nuestro país sea lo más placentero posible.

—Eh, oiga, no estará hablando en serio... No he hecho nada... Nada, ¿lo oye? Vine a esta fiesta a divertirme, sólo a eso. Me

acompaña Norman, un amigo a quien usted no conoce.

—Te olvidas de alguien.

—¿De quién?

—Del otro amigo que trajiste y que hemos encontrado en un coche abajo... muerto por una bala de cianuro.

—¿Qué me dice, inspector Kevin?

—No hace falta que disimules más, Artie. Estás atrapado y te va a costar un poco de trabajo desembarazarte de nosotros esta vez... Señor Johnson, ¿me quiere dar por favor esa cajita misteriosa?

Phil le alargó la cápsula.

Kevin examinó su contenido. Luego la entregó a uno de sus hombres con una sonrisa.

—Teníamos noticias de que el Antisatélite-Capricornio había sido objeto del interés de ciertas personas, pero desconocíamos se hubiese podido llegar hasta fotografiar la fórmula que ha hecho posible ese invento. Te felicito, Artie, te has superado. Lástima que ahora, al bajar el telón, no puedas salir a saludar.

—Inspector, está cometiendo un error, he sido víctima de una confabulación.

—Continuaremos el diálogo en nuestro Departamento.

—No, señor Kevin. Usted no puede hacerme hablar. Tengo mis derechos... Quiero un abogado... Me acojo a la enmienda constitucional... No pueden hacerme confesar algo que puede ser utilizado más tarde contra mí.

Uno de los muchachos con aspecto atlético atrapó a Artie de la muñeca y lo espesó...

Lo mismo hizo el otro con Norman.

El inspector Kevin estrechó la mano de Phil Johnson.

—Nos ha prestado un gran servicio, señor Johnson. Por favor, usted y la señorita Winters han de venir con nosotros al Departamento. Siento que este incidente les haya interrumpido la diversión, pero espero que los dos se hagan cargo de las circunstancias.

—Estoy a su disposición, inspector —dijo Johnson.

El inspector se dirigió a la joven.

—¿Vamos, señorita Winters? Será la primera vez que en el Departamento del FBI entre una brasileira lista para bailar la samba.

CAPÍTULO VI

El inspector Kevin entró en el despacho donde Carolyn Winters estaba contando a Phil Johnson la historia de su vida. La joven había iniciado el relato una hora antes y ya había llegado al momento en que cumplió los ocho años.

El inspector tomó posesión de un sillón, tras una larga mesa llena de papeles.

Carolyn y Phil se habían levantado.

—¿Nos podemos marchar, inspector? —preguntó Phil.

—Concédanme todavía unos minutos. Quiero explicarles algo.

Los jóvenes volvieron a sentarse.

El inspector carraspeó suavemente.

—Debo decirles que sólo gracias a ustedes, hemos impedido que una banda de espías internacionales produjesen un gran daño a nuestro país. Cada uno de ustedes merece una medalla por el valor de que han dado prueba en la presente ocasión. Pero ustedes ya saben que, por motivos de seguridad interna, no podemos dar publicidad a su magnífico gesto.

—Descuide, inspector —dijo la joven—. Por nosotros está disculpado. —Se puso en pie otra vez—. Y ahora, si me lo permite, me gustaría marchar a casa para quitarme de una vez este disfraz.

—Perdone, señorita Winters, pero aún no he terminado.

Carolyn sentóse otra vez junto a Phil y dio un suspiro.

La expresión de Kevin se tomó grave mientras decía:

—El país necesita nuevamente de ustedes.

—¿Quiere decir que hemos de hacer algo más de lo que hemos hecho? —inquirió Carolyn.

—Sí, señorita Winters. De eso se trata. Tras de Artie Pettiford se esconde el más peligroso espía que tenemos en nuestro país.

Desconocemos, naturalmente, su identidad porque hasta ahora han fracasado nuestros esfuerzos para descubrirlo. Al echar mano a Artie en la fiesta de Angus Davis, pensé que él nos conduciría hasta ese hombre que es un peligro constante para nuestra democracia. Pero me he equivocado.

—Ya comprendo —dijo Carolyn—. Artie ha resistido el tercer grado.

Kevin tosió suavemente.

—No, señorita Winters. Artie Pettiford no nos ha dicho quién era su jefe.

—Yo tengo un procedimiento estupendo para obligarlo a confesar.

—¿Cuál, señorita Winters? —preguntó Kevin.

—Siéntenlo encima de un hormiguero. Da resultados sorprendentes.

—Disculpe, señorita Winters, pero en el FBI no tenemos hormigueros. Por otra parte, no daría resultado porque me ha faltado agregarle que Artie ignora también quién es el jefe. Sólo nos facilitó un número telefónico. Marcándolo, establecía contacto con el hombre a quien obedecía.

—Pregunte en la Telefónica —dijo Carolyn.

Kevin sonrió, enseñando los dientes.

—Ya lo hemos hecho, señorita Winters. Y cuando nuestros agentes se presentaron en la, casa que correspondía el número del teléfono, nos encontramos con que estaba abandonada. Quiero decir que no vivía allí nadie.

—Pero la casa pertenecerá a alguien.

—Sí, a un primo de Edgar Hoover, nuestro jefe, que se fue a vivir hace seis meses a un hotel para hacer una reparación.

—Demonios, de modo que el primo del jefe del FBI resulta ser el jefe de los espías, pero él se ha fugado y ahora quieren que nosotros le echemos mano. ¿No resultaría más sencillo que el señor Hoover le mandase un telegrama con cualquier motivo para hacerlo volver?

Kevin se pasó una mano por la cara con un gesto de exasperación.

—Carolyn —intervino Phil Johnson, con voz persuasiva—, según parece, el primo del señor Hoover no tiene nada que ver con la banda de espías. El hecho de que el jefe de la banda haya utilizado

esa casa abandonada para recibir los mensajes, sólo fue un alarde por parte suya... o quizá un rasgo de humor.

—Entonces está claro, debe ser inglés. Nunca he entendido sus chistes.

Kevin volvió a sonreír otra vez mientras tabaleaba nerviosamente los dedos sobre su carpeta.

—Cómo les iba diciendo, el primo de Hoover es un traidor. ¡Quiero decir que no tiene nada que ver con el asunto, condenación! Artie ha sido encerrado en una celda. Ya pueden imaginar que desde este momento nos será completamente imposible valernos de nuestros muchachos para interferir las maniobras de míster X. No podemos llegar a él.

—Le entiendo, señor Kevin —dijo Johnson—. Pero me temo que tampoco nosotros podemos ayudarle. Nuestra relación con este asunto se ha derivado de una confusión sufrida por esos espías.

—Desde luego, señor Johnson. Usted acaba de pronunciar una palabra que resulta magnífica. Confusión. Justamente me voy a valer de ella para exponerles mi plan, un plan en el que ustedes van a representar un papel muy importante. Pero quiero mostrarles algo antes para que comprendan perfectamente qué es lo que el FBI espera de ustedes. Por favor, ¿quieren seguirme?

Pasaron a una habitación donde había dos hombres ante una mesa sobre la que descansaba una lámpara.

El inspector Kevin caminó hacia un cuadro que había en la pared.

—Por favor, no se crucen entre el haz de luz que saldrá de la lámpara.

En el cuadro se reflejaba una diana cazadora que trataba de arrojar una lanza contra un ciervo, pero sus movimientos resultaban demasiado pesados porque la señora debía pesar ciento veinte kilos.

Kevin hizo chasquear los dedos y uno de los hombres que había tras la lámpara proyectó un haz de luz sobre la obesa Diana.

Ante los ojos de Carolyn y Phil ocurrió el milagro. Aquel cuadro se hizo transparente y a través de él pudieron ver la habitación adyacente.

En ella se encontraba una mujer que arrancó una exclamación de la boca de Carolyn, porque era ella misma con cabello rojizo.

—La vida está regida por la casualidad —dijo Kevin—. Sí,

señorita Winters, ahí tiene usted a su sosías, a su doble. El destino señaló el día de hoy para que usted entablase conocimiento con el FBI, cuando hacía, cuarenta y ocho horas que nosotros habíamos detenido a su doble.

La doble de Carolyn estaba sentada en un sillón, las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Sonreía y miraba a alguien que estaba a la derecha, pero que no se veía.

Kevin hizo una señal a sus muchachos y éstos ampliaron el haz de luz que brotaba de la lámpara. El hueco se ensancho.

La sosías de Carolyn no se encontraba a solas, sino en compañía de dos hombres. Uno de ellos ocupaba un sillón y el otro aparecía de pie.

El que estaba sentado frisaba en los treinta y cinco años de edad y era de cabello rubio, pómulos altos y mejillas hundidas. Se cubría con camisa oscura, corbata blanca y traje gris.

El inspector Kevin habló de nuevo:

—El hombre que está en pie es mi colega, el inspector Dawson Lover. El nombre de ella es Marie Delmas, una americana de Nueva Orleáns. Para que usted descanse, señorita Winters, he de decirle que no sabe francés. Marie Delmas es una peligrosa espía con quien tenemos conocimiento hace cinco años. Entonces logró sacar del país importantes secretos que quebrantaron gravemente nuestras defensas. También ella, como Artie, ha pasado una larga temporada en Europa. Es algo que hemos notado mucho últimamente. Todos los espías que abandonaron nuestro país hace un quinquenio, regresan ahora. Tienen un doble motivo para ello. En primer lugar, el deshielo de las relaciones internacionales, y en segundo término, han consumido el dinero que cobraron por sus últimos trabajos. Pero si Artie Pettiford logró burlar nuestra vigilancia, Marie Delmas no ha sido tan afortunada. El nombre con que ha pretendido ahora entrar en nuestro país es el de Cintia Loes. Naturalmente, ha transformado su físico todo lo que ha podido. Ella es morena y ahora es pelirroja. Ha dado a sus cejas forma distinta a la que le era usual en la época en que la conocimos. Usa distinto perfume y ahora, al hablar, procura marcar las erres, todo lo contrario de lo que ocurría con Marie Delmas, que no las sabía pronunciar. El hombre de la corbata blanca pisa por primera vez nuestro país. Obsérvelo bien, señor Johnson. Se llama Constantino Molfic. Es

griego por parte de padre, albanés por su madre y cuidaba las cabras que pertenecían a su abuelo. Pero eso no era bastante para él y se hizo pistolero. Marie Delmas lo conoció en Corfú, adonde él había ido a parar después de asaltar un Banco griego. Nació el amor entre ambos y Marie no se ha querido separar de él.

Kevin sacó mi paquete de cigarrillos que alargó a Johnson. Después de encender, el inspector prosiguió:

—Marie Delmas o Cintia Loes es una mujer muy inteligente, coqueta, profundamente conocedora de los hombres...

A lo largo de su carrera como espía, ha obtenido triunfos realmente sensacionales. Sólo ella podía obtener un éxito donde docenas de hombres habían fracasado. En resumen, señorita Winters. Estoy completamente convencido de que si Marie Delmas estuviese en libertad, el jefe de la banda de espías que tratamos de desenmascarar establecería contacto con ella. Por ello quiero que Cintia siga en libertad. Es decir, que usted la suplanté. ¿Se encuentra con fuerzas para ello, señorita Winters?

—¿Qué debo hacer?

—Simplemente alojarse en un hotel de lujo. Nosotros nos ocuparemos de todos los detalles, vestuario, costumbres de Marie. Usted ha de quedar perfectamente informada del historial de esa mujer al objeto de que no cometa un solo fallo. Eso le exigirá una semana de preparación, pero al final de esos siete días, tengo la esperanza de que usted quedará convertida en la auténtica señorita Delmas.

La joven levantó la barbilla.

—Estoy dispuesta.

—Gracias, señorita Winters. No esperaba menos de usted. —El inspector miró a Johnson—. Espero que usted acepte hacerse pasar por el pistolero Constantino Molfic.

Phil se rascó por detrás de una oreja.

—Creo que eso interrumpirá algo mis planes, pero tal como están las cosas, tengo la impresión de que no puedo negarme.

—En nombre del país, les doy nuevamente las gracias.

—¡Oh! —exclamó Carolyn—. ¿Y mi contrato? ¡Tengo que actuar mañana en la revista!

—Nosotros nos encargaremos de todo, señorita Winters. Usted recibirá un telegrama anunciando que un familiar suyo se encuentra

en muy grave estado. Ya le he dicho que es cuenta mía los detalles que se refieran al plan que hemos de poner en marcha para llegar al jefe de esa pandilla.

CAPÍTULO VII

Phil Johnson se encontraba ante el espejo. Ahora vestía como Constantino Molfic, traje gris, camisa oscura y corbata blanca.

Hizo un movimiento rápido y logró extraer la pistola de la axila en tós segundos. Había estado entrenándose toda la semana. Se volvió hacia Carolyn, que estaba tendida en un diván, fumando en una boquilla de dos metros.

Carolyn también había cambiado. Sus cejas eran acentos circunflejos, el cabello una ola de fuego. Se cubría con un pijama oriental de un color verdoso con un dragón con dos cabezas sobre el pecho.

Era su segundo día en la *suite* del hotel Francfort.

Durante el primer día no había ocurrido nada. Permanecieran la mayor parte del tiempo en sus habitaciones. Por la tarde salieron de compras y asistieron a un baile que ofrecía en obsequio de una legación extranjera un alto cargo del Departamento de Estado.

Pero no había ocurrido nada. Nadie se había acercado a Carolyn ni a Phil para entablar relación.

Sonó el timbre de la puerta.

Phil había sido sorprendido con la pistola en la mano. Carolyn subió las piernas sobre el diván y apoyóse sobre un codo, acentuando su aspecto de mujer fatal.

—¿Estoy bien así? —preguntó.

Phil emitió un gruñido de asentimiento y se dirigió a abrir la puerta. Pero su visitante era el inspector Dawson Lover, el colega de Kevin.

Dawson era jefe de uno de los servicios del FBI en la lucha contraespionaje.

—¿Qué tal? ¿Se encuentran bien instalados?

—Perfectamente, inspector —respondió Johnson—, pero resulta demasiado aburrido. Hasta ahora no podemos ofrecerle ninguna novedad.

—Nosotros nos encargaremos de sacar de su madriguera a la pieza que hemos de cobrar.

—¿Se le ha ocurrido algo, señor Lover?

—Sí. —Dawson sacó del bolsillo un par de tarjetas—. Aquí tienen dos invitaciones para asistir a un desfile de modelos. Se celebrará dentro de un par de horas. El lugar donde van a acudir es la casa del modisto René Hoppe. Tengo razones para suponer que entre el personal de ese negocio hay algún elemento que está vendido a los espías que perseguimos. Quizá con un poco de suerte podamos llegar hasta el jefe supremo de la organización.

—Está bien, señor Lover —repuso Phil, aceptando las dos invitaciones—. Pero suponga que tampoco ocurre nada.

—Es cuestión de tener un poco de paciencia.

Carolyn empezó a toser porque el humo se le había ido por mal sitio.

—Perdone, señor Lover, pero no me acostumbro a fumar.

—Procure, hacerlo lo mejor que pueda, Marie Delmas es una gran fumadora.

—A propósito de ella, ¿dónde está?

—La tenemos a buen recaudo. No se preocupe, ni ella ni Constantino Molfic se interferirán durante el trabajo. ¿Qué le pasa, Johnson? Llevo aquí diez minutos y no le veo el tic nervioso del ojo izquierdo.

—Perdone, como usted era de la casa... —dijo Johnson, y se puso a cerrar y abrir el ojo izquierdo.

—No tan de prisa. Recuérdelo. Constantino Molfic cierra y abre el ojo izquierdo cada treinta y tres segundos.

—Descuide, no se me olvidará.

—Nuestros muchachos les observaron un fallo cuando participaban en la fiesta del Departamento de Estado.

—¿A qué fallo se refiere?

—Fue cosa de usted, señorita Winters. Causó sensación su facilidad bailando el madison.

—Recuerde que soy bailarina.

—Marie Delmas no lo es. Ella bailaba muy bien las piezas

antiguas, el bugui-bugui, la samba y el calipso, pero está un poco floja en *rock*, *twist* y madison.

—¿No le parece, señor Lover, que puesto que Marie Delmas vuelve ahora a América, ha de estar al corriente de las nuevas modas?

Lover se rascó tras una oreja.

—Bien pensado, creo que tiene razón. Corriente, señorita Winters, baile todo eso moderno, si es que vuelve a tener otra oportunidad.

—Inspector, lo dice usted como si ya hubiese bailado por última vez el madison.

Dawson se echó a reír.

—Sólo era una broma. Recuerden que mis muchachos y yo estaremos siempre alerta para echarles una mano.

—Con tal de que no lleguen tarde como en las películas...

Dawson hizo un saludo retirándose.

—Si ocurre algo en este desfile de modelos, guárdenselo para sí. Recuerden que no han de tratar de ponerse en combinación con nosotros. Nosotros nos ocuparemos de establecer comunicación con ustedes.

—Descuide, señor Dawson —asintió Phil.

—A propósito, me he alojado en la habitación 534, tres pisos más arriba. Mi nombre es Ross Gabor, fabricante de jabones de Little Rock, Arkansas. Para el caso de que se pusiesen las cosas feas, he establecido relación con usted, señorita Loes, para utilizar su fotografía como propaganda en el lanzamiento de mi nuevo jabón de tocador «Lolita».

Dicho esto, Dawson los obsequió con una sonrisa y salió definitivamente del apartamento.

Johnson se volvió cuando Carolyn saltó del diván desperezándose con movimientos lánguidos.

—Eh, te lo estás tomando demasiado en serio.

—No creo que sirva para nada. ¿Te has hecho una pregunta, Phil?

—¿Cuál?

—¿Y si esos espías están al corriente de que yo no soy Cintia ni tú Constantino Molfic? Podríamos estar toda la vida representando nuestro papel y no serviría para nada.

Phil permaneció un rato pensativo, y, finalmente, dijo:

—Puede que tengas razón.

El modisto René Hoppe, de cuarenta y cinco años de edad, cabello muy brillante, bigote recortado sobre el labio superior, rostro de facciones correctas, elegante y oliendo a perfume caro, alzó la mirada del diario que leía al entrar en su despacho su colaboradora Sherry Turley. Sherry era una mujer de maravillosa belleza, esbelta, cara de rasgos sensitivos, unos ojos muy grandes, negros, orlados de sedosas pestañas.

—Ya están los invitados en el salón, René.

El modisto consultó su reloj.

—Empezamos dentro de diez minutos.

René se puso en pie, abarcó a Sherry por el talle y la apretó contra sí besándola en la boca.

—René, estás arruinando mi maquillaje.

—Eso es algo que me gusta hacer —dijo René, y la volvió a besar.

De repente, se puso a sonar la campanilla del teléfono.

René se apartó de la joven con un gruñido y atrapó el auricular.

—¿Sí?

René alzó una ceja.

—Ya le he dicho que no me llame a este número.

—Es muy importante, René.

—¿De qué se trata?

—Los del FBI han atrapado a Marie y a su acompañante, ese pistolero griego.

—Pero tenían que haber llegado dentro de dos días.

—Marie adelantó el Viaje a mi petición.

—¡Dios mío, estamos perdidos!

—No pierdas la serenidad, René. Los del FBI ignoran una cosa, y es que venía contratada por nosotros.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—He sido informado del plan de los federales.

—¿A qué plan se refiere?

—Han suplantado a Marie y a Constantino.

—¿Eh?

—Sí, René. Eso es lo que han hecho. ¿Recuerdas a los muchachos que nos estropearon el plan para conseguir el

Antisatélite-Capricornio?

—Los he maldecido muchas veces.

—Resultó que la chica, una *girl* de revista, Carolyn Winters tiene un gran parecido con Marie Delmas. Los del FBI la han estado entrenando durante una semana para que ocupe su lugar. En cuanto al entrometido, un joven dedicado a la búsqueda de tesoros submarinos, Phil Johnson, lo han hecho disfrazarse de pistolero griego.

—Es asombroso.

—Sí, René. Él es ahora Constantino Molfic. Lee Kevin y Dawson Lover, nuestros queridos enemigos, quieren desenmascaramme. Los falsos espías se alejan en el hotel Francfort.

—Gracias por los informes. Nos mantendremos lejos de ellos.

—Todo lo contrario, René. Te vas a mantener muy cerca.

—No le comprendo.

—En este momento los espías se encuentran en tu salón de invitados.

—¿Eh?

—Dawson Lover sospecha de ti y te envía a esa pareja de palomas para establecer relación. Naturalmente, la pretensión de ellos es la de descubrir mi identidad.

—No conseguirán nada.

—Claro que van a conseguir.

—Oiga, no me funciona bien la cabeza. ¿O es usted quien no sabe lo que dice esta mañana?

—Escúchame bien. En nuestra profesión todo consiste en actuar con astucia. Hemos de valernos de todas las armas a nuestro alcance, y en esta ocasión, el propio FBI va a poner en nuestras manos las que necesitamos para apoderarnos del secreto que más deseo desde hace dos años. Los planos del modelo de la nave interestelar que llevará al hombre a la Luna. Fue trazado hace tres años y están construyendo el primer aparato en el laboratorio más secreto de cuantos han existido en este país. Ni siquiera Lee Kevin y Dawson Lover conocen ese lugar. Sólo están al corriente los ministros del Gobierno y Edgar Hoover. Tú establecerás contacto con los falsos espías y los contratarás comisionándolos para ese encargo.

—Pero el FBI jamás pondrá en manos de esos dos jóvenes un

secreto tan importante. No nos servirá de nada.

—Deja que sea yo quien conduzca este asunto. No tendrán más remedio que decirles el lugar donde tienen el laboratorio. No les valdrá ningún subterfugio. Ellos saben que nosotros tenemos medios para saber si nos engañan, y una vez conozcamos la ubicación de la base secreta, procederé en consecuencia. Naturalmente, cuando el asunto haya terminado, esos falsos espías recibirán su premio en plomo.

—Sí, jefe.

—Espero que tú y Sherry os comportéis bien en esta coyuntura. No necesito deciros que os reservo una buena, bolsa.

—¿Cuánto?

—Digamos cincuenta mil dólares... para cada uno.

—Muy bien, jefe.

—Volverás a saber noticias mías.

René Hoppe esperó a que colgasen a la otra parte para hacerlo él.

Dio vuelta a la mesa y rodeó a Sherry otra vez por la cintura atrayéndola contra sí.

—Nena, tenemos en perspectiva un negocio de envergadura.

CAPÍTULO VIII

Estaba terminando el desfile de modelos.

Carolyn se encontraba sentada en un sillón, y a su lado, en pie, Phil Johnson.

René Hoppe no había tenido ninguna dificultad en identificar a la falsa espía. Él había tenido oportunidad de conocer a Marie Delmas años atrás. En un principio se asombró al ver que era parecida a su amiga como una gota a otra gota de agua. Llegó a pensar en que el jefe hubiese cometido un error, pero pronto se dio cuenta de que aquella mujer era efectivamente una falsaria. A Marie, cuando sonreía, no se le formaban aquellos hoyuelos en las mejillas.

René Hoppe hizo una señal a Sherry, la cual asintió con la cabeza y encaminóse al lugar donde se encontraba Carolyn con su compañero.

—¿Encuentra algún modelo de su gusto, señora?

—Son todos muy bonitos, pero sinceramente, he pensado que no me encontraría favorecida por ninguno de ellos.

—En tal caso, me permito sugerirle que me acompañe. Le mostraré media docena de modelos exclusivos de la casa que sólo reservamos para ciertos clientes especiales.

—¡Oh! ¿Soy yo un cliente especial?

—Sí, señorita Loes.

—Acepto encantada —dijo Carolyn, levantándose—. ¿Vamos, Constantino?

Siguieron a Sherry hasta el despacho de René, el cual les salió al encuentro con una sonrisa.

—Estás más atractiva que nunca, Marie.

—¿Marie?

—Marie Delmas. Te he hablado mucho de ella, Sherry. Jamás hemos tenido a otra mujer como ella en nuestra organización.

Carolyn se había quedado sin habla y Phil Johnson sonrió en su ayuda.

—Si hay que quitarlo del medio dímelo, Marie.

Corrió la mano a la axila, pero Carolyn levantó el brazo.

—Nada de estampidos ahora, Constantino. Me hacen daño los oídos.

—Este tipo me viene ancho.

—¿Qué es lo que no te gusta de él, Constantino?

—Su cabello abrillantado, su bigote...

René se echó a reír.

—¿De dónde has sacado a este mono, Marie?

Phil Johnson apretó los puños.

—Tenga cuidado con lo que dice o le saco la dentadura por el cogote.

René tosió suavemente.

—Perdóneme, señor Molfic, pero no me gusta la violencia. No ha sido mi intención herir sus sentimientos. Quisiera hablar contigo a solas, Marie.

—No tengo secretos para Constantino, René.

—Es un asunto muy delicado.

—Lo siento, René. Pero si te vas a referir al pasado, es mejor que hablemos de otra cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora soy otra mujer. Quiero decir que no quiero dedicarme a las mismas cosas que hacía antes de marcharme de nuestro país. Mi cuello es demasiado delicado.

Johnson se asombró porque ahora Carolyn estaba haciendo una buena representación.

René Hoppe estaba mirando a Carolyn con el ceño fruncido.

—Marie, tú eres una espía.

—Jubilada.

—No digas esas cosas. Llevas la intriga en la sangre, en los ojos.

—¿De veras soy así? ¡Qué cosas tan agradables sabes decir, René!

—Eres el prototipo de la mujer deseable, de la mujer que con sólo una mirada promete la aventura...

—Sigue, René, sigue...

—Tengo un trabajo para ti.

—Dime que tengo que enamorar al jefe del Pentágono y te lo traigo encadenado como un foxterrier.

—Es más difícil todavía.

—No me pidas que sea el presidente. No me hablo con los Kennedy.

—Necesitamos conocer la ubicación de la base secreta donde se prepara el modelo de nave interest espacial que llevará a un hombre a la luna. Más tarde, una vez lo sitúes geográficamente, es necesario conseguir los planos de ese ingenio, cueste lo que cueste. Por todo ese trabajo cobrarás cien mil dólares.

Los inspectores Lee Kevin y Dawson Lover escucharon a Carolyn y a Phil el relato, de lo que había acontecido en la casa de modas de René Hoppe.

—De modo que eso es lo que quieren: los planos de la nave interest espacial —dijo Kevin.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó Phil.

—¿Qué te parece a ti, Dawson? —inquirió, a su vez, Kevin.

—Para mí, la respuesta es clara. Tú y yo desconocemos la ubicación verdadera, de modo que les daremos una falsa.

—No serviría. Ya conoces a mister X. Tiene gente en todas partes. Le bastaría unas horas para descubrir que los datos aportados por Carolyn están falseados. No, ése no es el camino mejor para aprehender al jefe de esa banda.

—No se me ocurre otra idea.

—A mí sí. Hablaré con Hoover o con el secretario de Defensa, si es preciso. Les propondré un plan quizá un poco atrevido, pero en esta ocasión es lo único que podemos hacer.

—¿Pretendes, acaso, que den su autorización para señalar la verdadera situación geográfica de ese laboratorio super-secreto?

—Exactamente.

—Como jefe de la tercera oficina de contraespionaje, rechazo de plano esa sugerencia que atenta a nuestra seguridad.

—Tomaremos todas las precauciones. Ya lo has oído. No se trata sólo de la ubicación del laboratorio super-secreto. Con eso no adelantarían nada. Está descartada la posibilidad del sabotaje. Lo que ellos pretenden conseguir son los planos del ingenio. Supón por

un momento que Carolyn y Phil llevan el mapa con la exacta localización del laboratorio secreto. Esos espías comprobarán la certeza de la información. Luego nos las arreglaremos para facilitarles unos planos que no serán naturalmente los verdaderos. Mientras toda esa serie de manejos se llevan a cabo, Phil Johnson y Carolyn Winters pondrán toda la carne en el asador para descubrir al jefe.

Dawson Lover sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Sigo pensando que es una locura, pero eres tú quien corre con la pelota, al menos de momento. Si estás decidido, adelante.

CAPÍTULO IX

Lee Kevin logró convencer a E. Hoover para que éste señalase la ubicación del laboratorio secreto donde se fabricaba el modelo de nave interestelar.

El laboratorio estaba instalado en un lugar de la costa, a unas cien millas de Nueva York, cerca de un pueblo de pescadores llamado Trenton.

Los fuertes vientos del Norte que azotaban la costa, convertían aquel pedazo de tierra en un lugar inhóspito.

Pero el Departamento de Defensa había invertido millones de dólares en edificar una ciudad subterránea donde se llevaba a cabo el grandioso proyecto. La Ciudad Interestelar, como se le llamaba en el plan secreto, contaba también con defensas de superficie, hombres especializados que habían recibido un adiestramiento concienzudo.

Lee Kevin entregó el plano del laboratorio secreto a Carolyn y Phil para que éstos lo hicieran llegar a René Hoppe. Quedó acordado que Carolyn daría una explicación para justificar la posesión de tan importante documento. Uno de los encargados de la custodia del secreto, el mayor Edwin Taylor, nombre real, había caldo en las redes de la joven. Naturalmente, Taylor había sido puesto al corriente acerca del proyecto del FBI.

Carolyn recibió muchas felicitaciones de René Hoppe por haber logrado la primera parte de su objetivo, agregando el modisto que ahora tendrían que esperar instrucciones de la persona que estaba por encima de él.

Pero transcurrieron cuatro días desde la entrega del plano y esas instrucciones no habían llegado.

Carolyn y Phil se encontraban en sus habitaciones del Francfort,

pendientes del teléfono. En un par de ocasiones, la joven, a instancias de Kevin, marcó el número de Hoppe, pero siempre obtuvo la misma respuesta de él: que tuviese paciencia porque hasta aquel momento todo seguía lo mismo.

Eran las nueve de la noche del cuarto día.

El teléfono se puso a sonar cuando Carolyn Winters se encontraba en el baño. Phil Johnson tomó el auricular.

—¿Sí?

—Aquí Hoppe, quiero hablar con Cintia.

—Soy Constantino Molfic. Ella no se puede poner en este momento. ¿Qué quiere?

—Sólo se lo diré a ella.

—¿Es que no se fía de mí?

—No me haga perder el tiempo, Constantino.

Phil dejó el auricular sobre la mesa y fue a avisar a Carolyn, la cual salió del cuarto de baño cubriéndose con una toalla.

—Te escucho, René —dijo por el micro.

—El jefe quiere darte las instrucciones personalmente.

Carolyn sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Dónde?

—En un bar de la calle 62. Se llama El Tropical. Tú y Molfic debéis estar allí dentro de una hora.

—Pero ¿cómo voy a conocer al jefe?

—No te preocupes, querida. El jefe se encargará de eso.

Inmediatamente, el modisto colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Phil.

—Hay que ponerse en contacto en seguida con el señor Kevin o con el señor Lover.

Carolyn explicó su diálogo con René Hoppe.

—Ha de ser Lover. Pediré comunicación con su apartamento.

La puerta se abrió de golpe dando paso a Lee Kevin y a Dawson Lover.

—No hace falta que me expliquen nada —dijo Kevin—. Me encontraba casualmente en la habitación del inspector Lover. El teléfono de ustedes está interferido desde allí, de modo que nos hemos enterado del mensaje que ha hecho llegar René Hoppe. Por fin vamos a cazar al jefe de la pandilla de espías. Escuchen las instrucciones. Ustedes acudirán al bar Tropical de la calle 62 y se

comportarán con naturalidad. Nuestros hombres rodearán la manzana. Situaremos una docena de coches por los alrededores para quitar a ese hombre de todas las posibilidades de huir.

—Yo llevaré conmigo dos patrullas volantes —dijo Dawson Lover.

—¿Nerviosa, señorita Winters? —preguntó Kevin.

—Un poco.

El inspector le tomó una mano y le dio unas palmaditas en el dorso.

—No se preocupe. El negocio está a punto de acabar. Dawson y yo nos vamos para preparar la trampa.

A partir de entonces todo sucedió muy aprisa. Aún faltaban diez minutos para la cita con el desconocido jefe de la banda de espionaje, cuando Carolyn y Phil Johnson tomaron posesión de una mesa en el bar Tropical de la calle 62.

Un mozo de cabello rizado se acercó para atenderles.

Carolyn pidió un martini y Phil un *whisky*.

Phil Johnson estaba pendiente de los clientes que había a su alrededor. Vio un hombre grueso, de doble papada, que despachaba una abundante cena. Un joven le hacía el amor a una cincuentona. Un tipo con aspecto de tahúr entró y ocupó un taburete.

El mozo dejó sobre la mesa el martini y el *whisky*.

La joven tomó con mano temblorosa su vaso.

—Tranquilízate —dijo Phil—. Recuerda que estamos rodeados por nuestros amigos.

—No deja de ser emocionante, a pesar de todo.

El mozo se llegó otra vez ante la mesa.

—¿Es usted la señorita Loes?

—Sí.

—La llama un amigo suyo por el teléfono de la cabina. Es el señor Smith.

Carolyn le dio las gracias. Luego cambió una mirada con Phil.

—Iré contigo —dijo Johnson—. Creo que hemos sido un poco ingenuos al pensar que el jefe pudiera venir aquí. Está claro que las instrucciones te las va a dar por teléfono.

—¿Por qué no sales a avisar a los del FBI?

—Eso sería una mala jugada por nuestra parte. Estoy seguro de que el jefe de los espías envió aquí alguno de sus hombres para

vigilar nuestros movimientos.

—Kevin y Dawson debieron pensar en esa posibilidad.

—Si no lo han hecho, peor para ellos.

Entraron en la cabina. Carolyn atrapó el auricular que estaba descolgado mientras Johnson cerraba la puerta.

—¿Sí?

—¿Qué tal, Marie? Soy el jefe.

Era una voz ronca, desprovista de inflexiones.

—Creí que usted y yo estábamos citados aquí.

—¿No es esto una cita? —rió el hombre que había al otro extremo del cable—. No tenemos tiempo que perder. ¿Tiene a su lado a Constantino?

—Sí.

—Muy bien. El será quien haga el resto del trabajo.

—¿A qué se refiere?

—A robar los planos de la nave interestelar.

—Pero la especialidad de Constantino no es ésa... El solo sabe manejar...

—Estoy al corriente de lo que sabe manejar Constantino, pero en este caso concreto no hace falta ser un especialista para llevar a cabo mi plan. Dele el auricular y que me escuche. Rápido.

—Sí, señor.

Poco después era Johnson quien estaba a la escucha.

—¿Qué quiere?

—Hola, Constantino. Te he elegido para que lleves a cabo la misión más gloriosa de tu vida: penetrar en la base secreta donde se fabrica el ingenio más asombroso de este siglo.

—Perdone, amigo, pero yo no sé de esas cosas.

—Se trata de un trabajo sin riesgo.

—¿Es que me quiere embromar? Usted mismo acaba de decir que es una base secreta.

Johnson pretendía alargar la conversación cuanto le fuese posible para dar oportunidad a los del FBI para que si interferían aquel teléfono, pudiesen localizar la llamada.

—Escucha, Constantino. Desde que llegaron a mí poder los planos del mapa de la ubicación geográfica de la base he puesto en marcha todos mis recursos para lograr el éxito final. Al cabo de cuatro días, puedo asegurarte que he conseguido el plan perfecto.

—Su plan será todo lo perfecto que quiera, pero no cuente conmigo.

—No seas estúpido, Constantino. No puedes desaprovechar este trabajo que puede reportarte el bonito beneficio de cien mil dólares.

—¿Ha dicho cien mil?

—Ni un dólar menos.

—Está bien, le dejaré hablar, pero no le daré una respuesta definitiva hasta después.

—Muy bien, Constantino. Imagino que habrás echado un vistazo al mapa de la base.

—Sí.

—Pero hay otras cosas que tú ignoras. Por ejemplo, que los planos del ingenio interest espacial son reunidos todas las noches después de las horas de trabajo por el jefe que asume la responsabilidad del proyecto, el doctor Friederich Rowlan.

—¿Qué hace con esos planos el doctor Rowlan?

—Los guarda en un compartimiento secreto denominado 3-R. Se encuentra en el segundo piso del edificio central. El doctor Rowlan ha de guardar esos documentos matemáticamente todas las noches entre las ocho y cincuenta y dos minutos y las nueve en punto. Por tanto, existe solamente un plazo favorable de ocho minutos.

—¿Por qué?

—La habitación está defendida por una verja de hierro que se abre justamente a las ocho cincuenta y dos minutos y se vuelve a cerrar automáticamente a las nueve en punto. Repito que el doctor cuenta sólo con ese espacio de tiempo para entrar en la habitación 3-R y depositar los planos en una caja de caudales cuyas puertas se abren y se cierran en combinación con la verja.

—Todo eso es muy bonito. Pero ¿cómo quiere que llegue hasta la verja? ¿O me va a decir que ha inventado la fórmula para hacerme invisible?

—Por algo soy el jefe y he pensado en todo.

—Muy bien. Adelante con su plan.

—Esta noche, a las siete y treinta en punto, entrarás por el sector sur de la Ciudad Interest espacial. Sólo tienes que seguir el camino que hay al norte.

—Usted ha olvidado que esa ciudad cuenta con guardianes especializados. No me dejarán llegar.

—Esta vez la vía estará libre.

—¿Cómo se las va a arreglar?

—No es cuestión tuya. Lo importante para ti es que podrás llegar hasta el edificio central siguiendo el camino de una luz que se encenderá y se apagará ante tus ojos. Tú solo tendrás que tenerla en cuenta para llegar hasta el edificio central. No encontrarás ningún obstáculo en tu camino. En el edificio hay una puerta en el lado oriental. En la que utilizarás para pasar al interior. Estará abierta. A las ocho y treinta y tres minutos pasan dos centinelas por un pasillo justo donde desemboca el corredor. Has de permanecer quieto hasta que los pasos de los centinelas se hayan perdido a lo lejos. Entonces cruzarás el corredor y subirás por una escalera que a esas horas está casi a oscuras. Al llegar al segundo piso entrarás en la antesala de la estancia 3-R. La podrás ver desde la misma puerta. A la derecha hay unas cortinas. Te servirán de refugio durante unos minutos, hasta que aparezca el doctor Rowlan. Siempre llega unos minutos antes de que se abra la verja y ha de esperar a que se ponga en marcha el mecanismo automático que la abre. Apenas él quede quieto, delante de la verja, has de dejarlo sin conocimiento. No es preciso que lo mates. Le quitas el sobre en que porta los distintos planos del proyecto y regresas por el camino que te ha llevado hasta allí.

—¿Y después?

—Te he explicado el plan que se refiere a los documentos. Tú viajarás con Marie en vuestro automóvil. Ella alquilará una cabaña en el motel La Gaviota, ocho millas al norte en el camino de Trenton. El resto del camino lo has de hacer a pie. Regresarás al motel después de tu incursión a la base e inmediatamente emprenderás el regreso a la ciudad. Debéis estacionar el coche en la parte trasera de Rockefeller Center, justo donde está el parque. Allí esperaréis a que yo me presente.

—¿Vendrá usted?

—Sí. Me haré cargo personalmente de los planos y os pagaré cien mil dólares por vuestro trabajo.

—¿Algo más?

—Ése es el final de la historia. Una vez me separe de vosotros, sois dueños de hacer lo que queráis, aunque os recomiendo que salgáis inmediatamente de la ciudad.

—Comprendido, jefe.

—¿Cuál es tu respuesta ahora?

—Estoy conforme.

—No tenía duda de que aprovecharías esa oportunidad que te brindo para ganar el dinero en grande. A las once y cuarto de esta noche habéis de estar en Rockefeller Center a la espera de que yo remate el final de este trabajo.

—Sí, señor.

—Explícale a Marie el plan. Os deseo suerte, muchachos. Hasta luego.

Se oyó el ruido que interrumpía la comunicación y Phil colgó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Carolyn.

—Será mejor que volvamos al hotel. Te lo explicaré en el camino. Así tendremos oportunidad para que los del FBI se pongan en contacto con nosotros.

Viajaron en el coche de regreso al hotel.

De pronto, otro automóvil se les echó encima y los empujó hacia el callejón.

Phil giró hacia aquel lado y poco después Lee Kevin se introducía en el asiento trasero.

—¿Qué ocurrió, Johnson? Phil repitió la historia, y Kevin, después de escucharlo, chascó la lengua.

—La verdad es que hemos cometido una grave torpeza. Contamos con que ese hombre acudiría a la cita por su propio pie.

—Bueno, ahora conoce usted su plan. Me parece lo más inverosímil del mundo teniendo en cuenta que puedo llegar hasta la habitación donde se encuentran depositados los planos del fabuloso proyecto.

—A mí no me parece tan absurdo tratándose de un espía como nuestro mister x. Naturalmente, estos cuatro días que se ha tomado de tiempo desde que recibió los planos de la base secreta, los ha utilizado él para armar su plan. Ha echado mano a cómplices que se encuentran en la propia base.

—Pero, por fortuna, ustedes conocen cuál es su plan y no podrá realizarlo.

—Eso no nos basta. Queremos prender a ese hombre. Lo que usted acaba de oír de su propia boca a través del teléfono le puede dar una idea de las posibilidades de un cerebro como el suyo.

—Sí, confieso que se trata de un tipo muy peligroso.

—Ahora tenemos la oportunidad de exterminarlo y no podemos desaprovecharla.

—¿Quiere decir que van a poner en práctica el propio plan de míster x?

—Exactamente. Usted hará cuanto él le ha dicho.

—Pero ¿con qué objeto?

—Es la mar de sencillo. Yo podría darle unos planos, pero los cómplices que tiene en la base le comunicarían que usted no se ha llegado allí. Por tanto, es necesario que usted realice punto por punto todo lo que él ha ordenado.

—Pero...

—Naturalmente, habrá dos cosas que no realice. En primer lugar, no ha de pegar con demasiada fuerza en la cabeza del doctor Rowlan. En segundo término, esta noche el doctor Rowlan llevará dos sobre en lugar de uno, como acostumbra. El que guarde en un bolsillo interior de la chaqueta contendrá unos planos que no corresponden al verdadero ingenio interespacial sino a una nave parecida. El que maneje con la mano derecha será el bueno. El doctor se desplomará cuando reciba el golpe y quedará inmóvil, como si hubiese perdido el sentido. Usted, atrapará el sobre que contiene los falsos planos. Inmediatamente iniciará el regreso, tal como míster x le ha aconsejado, al motel donde Carolyn lo estará esperando y juntos marcharán a Rockefeller Center. Míster X tomará todas las precauciones para asegurarse de que usted no ha fracasado, de lo contrario no acudiría a la cita. De esa forma, tendremos la seguridad de que míster x se encontrará con ustedes a las once y media de la noche en el lugar por él señalado. Lo demás corre de nuestra cuenta.

CAPÍTULO X

Phil ya se encontraba detrás de las cortinas. Desde allí podía ver la verja de hierro que defendía la habitación 3-R.

Consultó su reloj. Las manecillas señalaban las ocho y cuarenta y nueve. Faltaban tres minutos para que se pusiese en marcha el mecanismo automático que abría la verja.

Todo era silencio.

Tal como le había anunciado míster x, no había encontrado ningún obstáculo en su camino.

Míster X lo había cronometrado todo con precisión matemática. Unos minutos antes había encontrado por aquel pasillo la pareja de centinelas de relevo, y casi a oscuras, la escalera que conducía al segundo piso.

De pronto, oyó unos pasos a lo lejos y contuvo la respiración.

La puerta por la que había llegado hasta allí se abrió. Por la ranura de las cortinas vio aparecer a un hombre de unos sesenta años de edad con unos mechones de cabello por encima de las orejas y el resto del cráneo brillante. En su mano derecha portaba un grueso sobre.

Lee Kevin le había mostrado unas horas antes una fotografía del doctor Rowlan. Era el hombre que se dirigía hacia la verja.

Llegó ante ella y se detuvo.

Phil podía escuchar la respiración acompañada del doctor Rowlan.

Se deslizó por entre las cortinas y acercóse sigilosamente al doctor por la espalda.

Utilizaba zapatos con suela de crepé. Metió la mano derecha en el bolsillo y sacó una cachiporra de material blando que debía utilizar sobre la cabeza del doctor.

De pronto, oyó un zumbido junto a su oreja.

Luego se produjo un impacto en su cráneo.

La reja que tenía delante fue iluminada por un millar de estrellas.

Pero Phil se dio cuenta de que aquellas luces sólo existían en su cerebro. Alguien le había atacado por detrás.

Se revolvió pesadamente como si tuviese sus pies llenos de plomo.

Otra vez le volvieron a golpear.

Oyó una exclamación, pero no salía de su garganta. Era el doctor Rowlan.

No vio nada ante sí. Sólo una mancha oscura.

Sintió que todo su cuerpo se congelaba. Alargó la mano y tropezó con algo. Luego se desplomó en un pozo sin fondo.

Siguió cayendo. El pozo era cada vez más estrecho. Alargó las manos y tuvo la impresión de que se sostenía en el aire.

Empezó a ascender lentamente, con mucho trabajo.

Al fin recuperó el sentido. No se encontraba en ningún pozo, sino en la misma antesala de la habitación 3-R. Su cabeza le dolía como si mil demonios estuviesen allí dentro propinándole martillazos.

Alargó la mano y tocó unas piernas. Era el doctor Rowlan.

¿Qué había pasado? Recordó que tenía que golpearlo en la cabeza, pero él estaba seguro de no haberlo hecho porque fue atacado antes por un desconocido enemigo.

Sus dedos tocaron algo húmedo que manchaba el suelo. Era sangre. Rápidamente introdujo la diestra por debajo del cuerpo de Rowlan. Entonces supo que el doctor había muerto. Tenía una enorme grieta junto a la sien por la que había manado la sangre que encharcaba el piso.

La mano derecha de Rowlan que debía sujetar el sobre estaba vacía.

Le registró el bolsillo izquierdo de la chaqueta y extrajo el sobre que contenía los documentos falsos. ¡Había sido robado el que encerraba los planos genuinos del ingenio interespacial!

Sus oídos fueron alertados por una sirena.

Le dolía mucho la cabeza, pero su instinto de conservación le anunció lo que ocurría.

Naturalmente, el doctor Rowlan había sido echado de menos.

Consultó su reloj. Habían transcurrido quince minutos desde que fue dejado sin conocimiento.

Ahora tratarían de cazarlo a él, puesto que no contaba con inmunidad para entrar ni salir. Se había producido un hecho nuevo con el que Lee Kevin y Dawson Lover no habían contado.

Fue a levantarse cuando su mano tropezó con algo que había en el suelo. Era un álbum de fósforos.

No se detuvo a leerlo. Lo guardó en el bolsillo y echó a correr.

Abrió la puerta como una exhalación y corrió escalera abajo.

—¡Alto! —le gritó una voz desde el piso superior.

Pero él siguió corriendo.

Sonó un tableteo y las balas repiquetearon contra los peldaños que él dejaba atrás.

Casi se dio de bruces con uno de los centinelas que llegaba al pie de la escalera.

Phil le disparó el puño al mentón.

El guardián, provisto de casco de acero, se desplomó lanzando un aullido.

Phil cruzó a la otra parte, abrió la puerta y corrió con toda la velocidad de sus piernas por el largo pasadizo.

El eco de sus pasos resonó lúgubre en sus oídos.

A sus espaldas oía gritos.

Abrió la puerta que comunicaba con el exterior y el aire de la noche le azotó la cara.

Por un momento quedó quieto al ver una veintena de reflectores que surcaban el aire con sus haces.

La sirena aullaba ahora con toda su potencia.

Echó a correr hacia la puerta del muro por donde había entrado.

De pronto, uno de los haces de luz lo enfocó en su camino.

Se arrojó al suelo en el momento en que sonaba un tableteo.

Oyó el zumbido de las balas que pasaban por encima de su cuerpo.

Fue a parar cerca de la puerta y sólo tuvo que levantarse, abrirla y saltar por el hueco.

En el siguiente segundo, sobre la puerta se abatieron un centenar de balas que mordieron el metal con furia salvaje.

Media docena de reflectores que estaban simulados entre las

rocas de la costa empezaron a buscar al enemigo en la oscuridad de la noche.

Phil saltó por entre dos rocas y corrió por un pasadizo natural.

Los focos pasaban muy por encima, de él.

Había escapado milagrosamente de la muerte, aunque todavía no podía considerarse a salvo.

Corrió campo a través, alejándose cada vez más de aquel escenario que parecía formar parte del infierno.

Poco después, a lo lejos, descubrió el anuncio del motel.

Entró en la cabaña número siete donde había dejado a Carolyn.

La joven estaba sentada en un sillón y se puso en pie bruscamente al verlo entrar.

Carolyn descubrió en el rostro de él que algo anormal había pasado.

Phil, sin darle ninguna explicación, se precipitó sobre el teléfono.

—¿Qué ha pasado, Phil?

Mientras marcaba el número del hotel Francfort, dijo:

—Lee Kevin se quedó corto al hablarnos de míster x. Ese hombre posee una mente más ágil de lo que yo había supuesto.

La comunicación había quedado establecida.

—Deseo hablar con el señor Ross Gabor...

Esperó unos instantes y poco después se oyó la voz de Dawson.

—Señor Lover, soy Phil Johnson.

—Justamente ahora mismo me disponía a unirme con Kevin en Rockefeller Center.

—No hace falta que acudan a Rockefeller Center.

—¿Por qué?

—No habrá cita.

—No le comprendo.

—Es la mar de sencillo. Míster X tiene ya los planos.

—Les falsos.

—Los genuinos.

—¿Qué infiernos está diciendo, Johnson?

—Todo falló.

Contó al hombre del FBI lo que había ocurrido en la base secreta de la costa de Trenton.

Instintivamente, llevó la mano al bolsillo y la sacó con el álbum

de fósforos que había encontrado cuando recuperó el conocimiento en la antesala de la habitación 3-R y leyó: Bar Dakota, calle 332, Oeste.

Ya había terminado de contar su aventura y agregó:

—Eh, oiga, Dawson, antes de quedar sin conocimiento le arranqué algo al individuo que me golpeó.

—¿El qué?

—Un álbum de fósforos.

—¿Dice algo?

Phil leyó la dirección y después agregó:

—Me dirijo allá inmediatamente.

—Elegiré una docena de hombres y nos pondremos en camino. Mientras hago el viaje, avisaré a Lee Kevin para que acuda también a ese bar.

—De acuerdo, señor Lover.

Johnson colgó y tomó a Carolyn del brazo.

—Vamos, los minutos son preciosos. Míster X debe haberlo preparado todo para escapar antes con los planos.

Hicieron el camino de regreso sacando el máximo partido del automóvil.

La calle donde se ubicaba el bar era oscura. Cerca del edificio no vieron ningún coche.

—Voy a entrar en ese bar —dijo Phil después de haber estacionado cerca.

—¿Por qué no esperas a Lover?

—¿Qué pasaría si ese hombre estuviese ahí y se largase? Míster X ha tenido que hacerse cargo de los planos y quizá se le ocurrió elegir el escondite del hombre que cometió el robo.

—Entonces iré contigo.

—Tú te quedas. Cuando lleguen Dawson y Kevin les dices que estoy arriba. Es el mejor servicio que me puedes prestar.

La joven aceptó a regañadientes y Phil se dirigió al bar.

Empujó una puerta y pasó al interior.

A la derecha había un largo mostrador con estanterías llenas de botellas.

Un tipo de barba crecida, cejas espesas y nariz muy chata estaba limpiando el tablero con un paño.

La atmósfera estaba llena de humo.

Las mesas de madera aparecían ocupadas por tipos de feo aspecto y mujeres pintarrajeadas.

Al fondo había una cortina de canutillo y a través de ella se podía ver el comienzo de una escalera.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el hombre de las cejas espesas.

Phil sacó un fajo de billetes.

—Busco a un hombre que debió llegar hace poco tiempo. Cincuenta dólares para ti si me dices quién es.

—Es un buen bocado. —El de las cejas espesas entornó los ojos—. Debe ser un hombre muy importante para usted.

—Lo es y por eso pago la información.

El tipo atrapó los billetes.

—Está en la habitación número ocho. Dijo llamarse Steve Morgan.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Tres días.

—¿Hace mucho que llegó?

—Unos diez minutos. Pasó muy aprisa hacia la escalera con una cartera de cuero color negro.

Johnson cruzó el salón y abrióse paso por entre la cortina de canutillo.

Subió la escalera. Arriba había un corredor con puertas numeradas.

Llegó ante la número ocho.

Se echó atrás y cargó con todas sus fuerzas.

Era una vieja puerta y la cerradura saltó.

Phil se precipitó en la habitación.

Un hombre que estaba sentado en la cama metió la mano bajo la almohada y sacó una pistola.

Phil cayó sobre él antes de que pudiese apuntarle y le golpeó en la boca.

Morgan se derrumbó sobre la cama soltando una maldición.

Johnson lo sujetó por la muñeca armada y se la retorció con fuerza.

Steve no era un hombre demasiado fuerte. Phil lo aventajaba en peso y en talla.

Morgan dejó caer la pistola al suelo.

—¡Cuidado! ¡Me va a romper el hueso!

Phil se apoderó del arma y arrimóse a la pared.

Morgan escupió sangre. Quedó sentado sobre el lecho respirando fatigosamente.

—¿Qué significa esto?

—¿Dónde está la cartera?

—No le comprendo.

—Supón que esto es un asalto, Morgan.

—Usted está chiflado.

Johnson movió rápidamente la mano armada y el cañón rozó la barbilla de Morgan, quien cayó hacia atrás emitiendo un aullido de dolor.

Phil vio asomar la cartera de cuero negro por debajo del colchón y dio un tirón de ella.

Mientras Morgan se recuperaba del nuevo golpe, el joven abrió la cartera y vio en su interior un sobre exactamente igual al que había visto en poder del doctor Rowlan y que contenía los falsos planos del ingenio interest espacial.

Ahora no dudó de que tenía en su poder los genuinos.

—Será mejor que cantes, asesino.

Morgan respiró profundamente. Sus ojos brillaban como trozos de cuarzo.

—No he matado a nadie.

—Asesinaste al doctor Rowlan.

—No sé siquiera quién es.

Phil hizo ademán de ir a golpearle y Morgan se echó hacia atrás.

—No me pegue... Está bien, confesaré.

—Empieza.

En aquel momento alguien empujó la puerta desde el corredor.

El inspector Dawson Lover, del FBI entró en la estancia. Sus manos estaban libres.

—Hola, Johnson. ¿Es éste el pájaro?

—Sí, señor Lover. Me alegra que haya llegado tan a tiempo.

—Tengo a mis muchachos rodeando la casa.

Phil metió la pistola en el bolsillo y se acercó a Dawson alargándole el sobre.

—Aquí tiene los planos robados.

Lover lo tomó y abrió el sobre sacando algunos papeles del interior que examinó con atención.

—Sí. Éstos son los planos. —Los devolvió al sobre que guardó en un bolsillo. Esbozó una sonrisa—. ¡Magnífico, señor Johnson! El país ha contraído otra deuda de gratitud con usted...

Ahora sacó la mano con la que manejaba una pistola. Se quedó muy serio apuntando a Phil.

—Y yo voy a liquidarle esa deuda, señor Johnson. Metiéndole un tiro en la barriga.

Phil se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dice, Lover?

—Lo que oye, amigo Phil. Yo soy míster x.

CAPÍTULO XI

Phil Johnson había oído claramente las palabras del inspector Dawson Lover, pero se echó a reír.

—Celebro que los del FBI tengan tan buen humor, incluso en momentos como éste.

Echó a andar sobre Dawson y éste arqueó el dedo sobre el gatillo.

—Dé un paso más y disparo.

Phil se detuvo observando la expresión grave que había en el rostro del inspector.

—Oiga, Dawson, voy a suponer por un momento que es usted mister x. Ha llegado al final de su carrera.

—Fuera no hay nadie.

—¿Y Lee Kevin?

—No le avisé.

—¿Qué explicación va a dar?

—No sea ingenuo, señor Johnson. Usted me hizo la llamada al hotel Francfort y yo pago muy bien a la dependencia. Nadie sabrá que usted se puso en contacto conmigo.

Johnson recordó, de pronto, a Carolyn. Ella sabía que él había llamado a Dawson. Si la joven conseguía salvar la vida, bastaría con su declaración para que Lee Kevin sacase las debidas conclusiones.

Dawson se echó a reír.

—Sé en quién está pensando, en la chica.

—¿Qué chica?

—En su compañera de aventura, Carolyn Winters. En este momento, dos de mis hombres se están haciendo cargo de ella.

Johnson hizo rechinar los dientes.

—Lo ha tenido en cuenta todo, ¿eh, señor Lover?

—Absolutamente todo. Míster X no deja el menor detalle en el aire.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Es la mar de sencillo. Usted morirá y también morirá la muchacha. Los mataré en cuanto traigan aquí a la girl.

—¿Cómo va a explicar nuestras muertes?

—Steve Morgan vendrá conmigo, de modo que él será quien se habrá desembarazado de ustedes.

Johnson miró a Morgan.

—Luego lo matará a usted.

Lover emitió una risita.

—No, Johnson. No pretenda buscarse un aliado en Morgan. El sabe que no voy a matarle. Sé cumplir mi palabra. Morgan saldrá hoy en el avión donde viajen los planos del ingenio en cuya consecución usted ha colaborado tan amablemente conmigo.

—Hay algo respecto a eso que no comprendo, señor Lover.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Usted contaba con todos los detalles que se referían a la custodia de los planos del ingenio. ¿Por qué no se valió de cualquiera de esos colaboradores para hacer el robo sin necesidad de meterme en el asunto?

—Es la mar de sencillo. Lo entenderá en seguida. Mi cómplice era el doctor Friederich Rowlan. Logré su consentimiento hace tan sólo dos días. El es un burócrata, un científico que sólo sirve para dirigir proyectos. Hasta en ese mundo de los laboratorios llega la especialización del trabajo. Cada cual cumple su misión. El doctor Rowlan no podía conseguir los planos por sí mismo ya que se jugaba la cabeza. Tenía cronometrado el tiempo para, guardarlos, una vez que reunía las distintas secciones del proyecto en los departamentos respectivos. El doctor estaba dispuesto a aceptar una cantidad de dinero a cambio de ofrecernos su ayuda, pero puso como condición que su responsabilidad quedase al margen. Ante sus jefes no debía existir duda acerca de su lealtad. Naturalmente, Rowlan sabía que el robo del plano significaría su apartamiento de la misión que le había sido confiada por el Gobierno. Pero hasta eso lo consideraba como un mal menor teniendo en cuenta la bolsa que iba a recibir. Por ello, era necesario que otro hombre de fuera se llegase hasta el doctor Rowlan para robarle los planos.

—Pero fuimos dos los que entramos allí.

—Usted se iba a llevar los planos falsos y yo necesitaba los genuinos. Usted se encargó de realizar la parte buena del trabajo, la que me iba a dar dividendos. Morgan haría el resto.

—Pero él mató al doctor Rowlan.

—Lo hizo siguiendo mis órdenes. El doctor Rowlan no me servía para nada, y después de conversar con él unas cuantas veces, llegué a la conclusión de que se trataba de un hombre débil de voluntad. Puse en práctica el viejo proverbio: «Un hombre que traiciona una causa puede traicionar la siguiente que abraza».

—Magnífico, señor Lover, podía escribir todo un libro de máximas a tener en cuenta por un espía.

—Quizá cuando algún día me retire del FBI decida tener en cuenta su sugerencia.

—¿Quiere decir que va a seguir en el FBI?

—¿Por qué no? Mi puesto es magnífico y me permite estar al corriente de muchas cosas. Esperaré mi retiro por la edad. Comprenda que si presentase mi dimisión, algún avisado colega podría llegar a ciertas conclusiones que me serían nefastas.

La puerta se abrió dando paso a dos hombres. Uno de ellos era rubio, de ojos gélidos y boca que se curvaba en una sonrisa cruel. El otro moreno, de largas patillas.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Dawson.

—No la encontramos —contestó el rubio.

—¿Qué estás diciendo, Barry?

—Su coche ha desaparecido.

—Es imposible. Tenía que esperar a Johnson.

—Sin embargo, no está.

—Bueno, Lover, las cosas no le han salido al fin como usted esperaba. ¿Qué le parece si empezamos a poner las cosas en orden?

El inspector lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué estupidez está diciendo?

—La muchacha lo ha visto a usted. Ella está al corriente de todo y ha ido a avisar a Kevin. Está atrapado.

—Siento decepcionarle, pero su chica no ha podido verme porque entré por una puerta trasera que da a un callejón y antes me aseguré de que allí no había nadie.

—Quizá se equivocó.

—No, no me equivoqué, porque cada uno de mis hombres estaba a un lado del callejón para avisarme si el camino estaba despejado. Carolyn Winters se debe haber retirado por cualquier motivo. ¿Cuál es, señor Johnson?

—Lo ignoro.

—No sea estúpido. Dígamelo de una vez. Usted lo debe saber.

—Le aseguro que no lo sé, pero si lo supiese tampoco se lo diría.

—Está bien, Johnson, ya ha cumplido con su parte. De su chica me encargaré yo más tarde.

—No creo que tenga oportunidad.

Se oyeron pasos precipitados por el corredor y otro hombre entró en la estancia, un tipo casi calvo de hocico saliente.

—¡Jefe, acaban de llegar cuatro coches a la calle! Es el FBI. La chica los avisó. Larguémonos. Sólo contamos con unos segundos.

—Utilizaremos el subterráneo —exclamó Dawson.

Phil se arrojó sobre el inspector y éste disparó la pistola.

Johnson se desplomó en el suelo y quedó boca abajo, inmóvil.

La sangre le empezó a manar en abundancia por la cabeza.

—Le ha sacado los sesos —dijo Steve Morgan.

—Se lo tenía bien ganado —dijo Dawson—. Vamos.

Salieron precipitadamente de la estancia.

El último en hacerlo fue Morgan, quien cerró la puerta tras de sí.

Tres minutos más tarde irrumpió en la habitación el inspector Kevin seguido de cuatro hombres.

Todos ellos portaban armas en la mano y se detuvieron al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Carolyn se abrió paso entre los agentes, y al ver a Phil en el suelo, soltó una exclamación.

El inspector la tomó por el brazo.

—Lo siento, Carolyn.

Uno de los agentes se inclinó sobre el cuerpo de Phil y le dio la vuelta.

—Eh, jefe, este hombre vive. La bala le ha abierto una buena grieta en la cabeza, pero no le ha interesado el cráneo.

—Llamen inmediatamente una ambulancia —gritó Kevin.

—Ojalá se salve —dijo Carolyn.

—¿Por qué nos llamó? —le preguntó el inspector.

—Johnson se encontraba solo. Estaba muy nerviosa. Pensé que

él se tendría que enfrentar con muchos hombres... Dawson tardaba mucho.

—Ahí me tienen —dijo la voz de Dawson, por detrás de ellos.

Se detuvo respirando jadeante.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

—Johnson recibió una herida, pero por fortuna no parece ser tan importante como creímos en un principio.

Dawson permaneció un rato observando el cuerpo de Phil.

—¿Cómo no llegaste antes, Dawson? —inquirió Lee Kevin.

—Sufrí un accidente. Quise darme tanta prisa que tomé una curva con demasiada velocidad. Mi coche chocó contra una farola. Resulté conmocionado y hube de atrapar un taxi. Pero entre unas cosas y otras pasaron unos minutos. Soy culpable de todo lo que haya podido ocurrir aquí. ¿Por qué infiernos tuvo que pasar cuando más necesaria era mi presencia? Traté de comunicar contigo antes de que ocurriese el accidente, y para colmo de desgracias, mi teléfono estaba averiado. Salí aprisa del hotel y decidí llamarte durante el camino para no perder un solo segundo.

—Bueno, quizá podamos sacar algo en claro cuando Johnson recupere el conocimiento.

—Yo me encargo de interrogar a la gente que hay abajo.

—De acuerdo, Dawson.

Lover salió de la estancia.

Los agentes que habían entrado con Kevin lo estaban registrando todo.

La camilla donde estaba Johnson fue introducida en la ambulancia.

—Yo iré con él —dijo Carolyn.

—No hay inconveniente —asintió Lee Kevin.

La joven pasó al interior del coche donde se encontraba un enfermero y dos agentes del FBI.

Lee Kevin, que tenía a su lado a Dawson Lover, dijo:

—Nos veremos dentro de un rato en el hospital de San Cristóbal.

Las portezuelas de la ambulancia fueron cerradas por otro enfermero que luego se introdujo en la cabina con el conductor. Inmediatamente el vehículo se puso en movimiento.

Carolyn dio un suspiro de alivio mirando al enfermero que se sentaba a su lado, un joven de unos veintitrés o veinticuatro años.

—¿Cree que está muy grave?

—Le hemos hecho una cura de urgencia arriba. La hemorragia no ha sido muy abundante. La bala no dañó el cráneo. El único peligro que existe es el de la pérdida de la vista.

—¿Cuándo recuperará el sentido?

—No se puede asegurar. Hay enfermos de esta clase que lo recuperan en poco tiempo. Otros se pasan horas y también días.

Los dos agentes del FBI que estaban sentados a la otra parte viajaban en silencio.

Ya habían transcurrido diez minutos desde que iniciaron la carrera, cuando de pronto el conductor giró bruscamente el volante.

Los neumáticos chirriaron.

Carolyn salió lanzada del asiento, así como los dos agentes. El enfermero que viajaba con el conductor gritó:

—¿Quién es ese estúpido?

La respuesta llegó pronto. Sonó una ráfaga de metralleta.

Los cristales de la ambulancia saltaron hechos añicos y el aire fue rasgado por ayes de dolor y de muerte.

Los agentes del FBI que custodiaban al enfermo echaron mano a sus pistolas.

Justo en ese momento, la portezuela trasera se abrió bruscamente.

Dos hombres desde la calle soltaron chorros de fuego por las bocas de las metralletas.

Los dos agentes del FBI y el enfermero se contorsionaron espasmódicamente al recibir en su cuerpo las balas.

De repente, la ambulancia arrancó otra vez.

Los pistoleros, sorprendidos un momento, habían interrumpido el fuego, pero ahora continuaron disparando.

La ambulancia corría alocadamente.

Johnson seguía en la camilla sin sentido.

Carolyn había caído en el suelo. Sólo estaba magullada debido a los golpes.

Las balas entraron por la puerta abierta mordiendo el metal.

La ambulancia dobló por una curva escapando al alud de plomo que caía sobre ella.

Carolyn se puso de rodillas mirando a la cabina. El conductor estaba casi volcado sobre el volante. Sus manos estaban llenas de

sangre.

Pero ella no podía hacer nada por culpa de la plancha de metal que separaba los dos compartimentos. El conductor estaba herido y no podría soportar mucho tiempo ante el volante.

El coche no seguía una dirección única. Se bamboleaba de un lado a otro.

En un par de ocasiones estuvieron a punto de irse contra la acera, pero en el último momento, el conductor pudo enderezar el volante.

Dejaron atrás las últimas casas.

Ahora el coche cruzaba por una carretera flanqueada por solares baldíos.

Una milla más allá empezaron los campos de cultivo.

Carolyn vio por la portezuela abierta de la ambulancia dos faros. Debían ser los asesinos que habían emprendido la persecución.

De pronto, la ambulancia se salió de la carretera.

Carolyn dio un grito viendo que el conductor había caído sobre el volante.

La ambulancia chocó contra un árbol. Giró a la derecha como si fuese a volcar, pero encontró en su camino un obstáculo y se detuvo.

Carolyn se había abrazado al cuerpo de Johnson para que no cayese de la camilla.

Luego la joven atrapó las dos pistolas de los agentes del FBI que habían quedado en el suelo.

Arriba, en la carretera, se produjo un chirrido de frenos.

Dos hombres saltaron del coche armados con metralletas.

Carolyn se puso de rodillas en el hueco con las armas preparadas.

Los dos pistoleros avanzaron corriendo.

Carolyn apuntó sobre uno e hizo fuego. El tipo se desplomó como un fardo.

Cuando Carolyn fue a disparar sobre el segundo, éste se había arrojado al suelo confundiendo con la oscuridad.

Oyó una voz procedente del coche que había quedado arriba.

—¡Malditos! ¿Qué os pasa?

Otros dos hombres aparecieron.

Carolyn hizo fuego y uno de ellos cayó de rodillas. El otro tuvo

también tiempo para refugiarse.

—¡Es la chica! —gritó alguien.

—Estupendo. Sólo una mujer os detiene. ¿Qué clase de tipos sois?

Uno de los hombres se puso en pie de repente y envió una rociada de balas. Pero no apuntó bien y su carga de plomo repiqueteó contra las paredes metálicas del coche.

Carolyn apretó de nuevo el gatillo y el hombre que acababa de utilizar la metralleta se abatió herido de muerte.

Otra vez el escenario quedó envuelto en el silencio.

—Eh, oiga, señorita Winters —dijo una voz.

Carolyn no contestó.

—Óigame bien, señorita Winters. Quiero hacer un trato con usted. No tenemos ningún interés en matarla. Le doy mi palabra de que la llevaremos a un sitio seguro y que allí le daremos una buena cantidad de dinero para que pueda largarse del país. ¿Me ha escuchado?

Carolyn tampoco dijo nada.

—Usted se vio envuelta en este lío a la fuerza, por puro azar. No tiene nada que temer, especialmente ahora que todo se ha arreglado y tenemos lo que queríamos.

Carolyn miró a Johnson y vio que movía la cabeza. Estaba convencida de que aquellos hombres no cumplirían su palabra, pero en la presente situación al cabo de unos minutos los habrían matado. Si lograba demorar la ejecución, eso ganarían.

—¿Qué responde, señorita Winters? —Oyó de nuevo la voz del hombre que se dirigía a ella.

—No les creo una sola palabra.

—¿Por qué no? Estamos deseosos de marcharnos de aquí. Tiene muy poco tiempo para adoptar una decisión y usted ya sabe cuál es la que le conviene.

Carolyn se mojó el labio inferior.

—Aceptaré con una condición.

—¿Cuál?

—La de que también respeten la vida de Johnson.

Transcurrieron cinco segundos.

—Trato hecho, señorita Winters.

—¿Adónde nos llevarán?

—Ya se lo he dicho antes. A un lugar seguro.

—Está bien. Me entrego.

—Vamos, muchachos, ir por ellos.

En aquel momento, Phil se incorporó sobre los codos sacudiendo la cabeza, vendada por la frente.

—Carolyn —dijo al ver a la joven.

En aquel momento llegaron al hueco de la ambulancia dos hombres que portaban metralletas.

—Tire esa arma, señorita Winters.

Carolyn abrió la mano y dejó caer la pistola.

Johnson estaba todavía aturdido.

—¿Qué significa esto?

—Salga de ahí, señorita Winters —ordenó uno de los verdugos.

Carolyn tomó a Phil del brazo, diciendo:

—Johnson, no podía hacer otra cosa. Nos sorprendieron en el camino del hospital. Tú estás herido... Nos iban a matar y he aceptado su oferta. Nos trasladarán a un sitio y han prometido respetar nuestras vidas.

—¿Cómo has podido creerles?

—Dejen la cháchara para otro momento —intervino uno de los pistoleros—. Tenemos prisa por marcharnos.

Carolyn ayudó a Phil a salir fuera de la ambulancia.

—Vamos, dense prisa —dijo uno de los tipos, golpeando la espina dorsal de Johnson con el cañón de su arma.

Carolyn sujetaba por el brazo a Johnson, el cual andaba con mucha dificultad.

Fueron introducidos en el coche que esperaba en la carretera. Al volante había un hombre de cabello casposo.

Los hombres de la metralleta flanqueaban a los dos jóvenes.

Cuando se hubieron cerrado las portezuelas, el vehículo emprendió una fulgurante carrera.

CAPÍTULO XII

Phil Johnson y Carolyn se encontraban en la almena.

Habían sido conducidos a un castillo construido en piedra.

Eran las dos de la madrugada.

—¿Por qué no duermes? —preguntó Johnson.

—¿Crees que puedo? Estoy esperando que se abra esa puerta y aparezca uno de esos hombres para matarnos. ¿Cómo te encuentras tú?

—Mucho mejor. Ya ha dejado de dolerme la cabeza.

Se acercó a la ventana. Era imposible escapar por allí. Ya lo había visto cuando quedaron solos. Ante él tenían un abismo de más de veinte metros, y abajo se extendía un foso seco.

Phil abrió la ventana. La pared ofrecía unas pequeñas ranuras entre piedra y piedra. Por la derecha estaba la fachada del castillo. La primera terraza sobre la que podría caer se encontraba muy alejada.

No podía ver lo que había a la izquierda porque la pared por aquella parte se curvaba. Por otra parte, necesitaría convertirse en un insecto para poder adherirse a las pequeñas grietas.

De pronto se abrió la puerta y Johnson giró la cabeza.

Ya había contado a Carolyn su historia, de modo que ninguno de los dos se extrañó al ver entrar en la estancia a Dawson Lover.

El inspector del FBI traía una sonrisa en los labios.

—¿Se encuentran bien instalados?

—Nunca pensé ser huésped de un castillo —dijo Carolyn.

—Oh, sí, eso requiere una explicación. Este castillo perteneció a un fabricante de embutidos que, habiendo ganado millones, y sintiéndose *snoob*, decidió construirse una fortaleza al estilo de las que había visto por Europa. El fabricante de embutidos de nuestra

historia se arrumó y un buen amigo mío adquirió estas piedras. Consideré que un día me haría falta, de modo que rogué a mi amigo me lo prestase. Lo más importante de la hacienda es que justamente delante hay un campo de aterrizaje. No es suficiente para que pueda aterrizar un aparato a reacción, pero sí avionetas y helicópteros. Se encuentra lo bastante cerca de Nueva York y me permite la facilidad del desplazamiento.

—Gracias por sus explicaciones, señor Lover —dijo Johnson.

—No hay de qué.

—Usted tiene ahora los planos que deseaba. Ha logrado la victoria. Prometió dejarnos con vida.

—¿Yo, señor Johnson?

—Un representante suyo, que para el caso es lo mismo. Ese hombre dijo a Carolyn que ustedes nos facilitarían la salida del país.

—Cuánto me apena oírle pronunciar esas palabras, señor Johnson, pero usted puede comprender que no estamos ventilando una partida de *bridge* o de póquer. Se trata de un juego en que la postura consiste en nuestra propia piel. Así que, ustedes me permitirán que yo no ratifique un compromiso que adquirió ese representante mío, como usted dice. Pero debo mi agradecimiento a ambos, ya que sólo con su intervención he podido lograr el éxito final. Haré lo más que puedo hacer por ustedes. Concederles una muerte rápida.

—Imagino que será inútil le haga una contrarréplica.

—Completamente inútil porque ya sé en qué consiste: Usted muere y ella se salva —señaló a Carolyn.

—¡No quiero deberle nada! —gritó la joven.

—Gracias, señorita Winters. Acepto desde este momento su respuesta. De otra forma, me habría visto en la necesidad de contestar negativamente al señor Johnson. Usted debería saber que en nuestros negocios no puede haber el indulto cuando se trata de una ejecución capital. Hubo algo que no le dijo mi colega, el inspector Kevin. Mister X es un hombre aficionado al asesinato.

—Muy bien. ¿Cuándo nos va a matar?

Dawson consultó su reloj.

—Más o menos dentro de una hora, en cuanto llegue el helicóptero en que viaja el hombre que ha de hacerse cargo de los planos del ingenio interestelar. Una vez haya despegado, vendré

aquí con dos de mis hombres para despedirme definitivamente.

—¿Cómo justifica su ausencia ante Lee Kevin?

—Es muy sencillo. Estoy realizando activas gestiones para dar con el paradero de ustedes. ¿No cree que resulta fácil debido al cargo que ocupó?

—Es usted un miserable, Dawson.

—Por favor, no me gustan las palabras altisonantes.

—¿Cómo ha podido caer tan bajo? Usted juró defender el país contra todos sus enemigos. Es precisamente uno de los responsables de la seguridad de lo que nuestros hombres de ciencia consiguen. ¿Qué clase de cerebro tortuoso posee para haber vendido su alma sin sentir náuseas?

Dawson rió a golpes.

—Es usted como uno de esos oradores políticos que echan mano a palabras vagas, abstractas, que carecen del menor significado.

—¿Cómo puede decir eso?

—Soy un hombre práctico, realista, señor Johnson. No se vive de la bandera ni tampoco engorda el honor. Sólo existe una cosa para llevar una vida principesca. Pregunte a los que poseen la riqueza y le contestarán. Únicamente el dinero es lo que sirve para que uno llegue a escalar los más altos puestos, a ser respetado a recibir aplausos, felicitaciones... Y yo hace mucho tiempo decidí ser uno de los vencedores, uno de los que tendrían la bolsa llena para permitirme todos mis gastos.

Carolyn apretó los puños.

—¡Me da usted asco!

—Me van a permitir que los deje solos. Por nada del mundo quisiera que sus últimos minutos de vida estuviesen desprovistos de cierto encanto y poesía, y yo no les puedo brindar ninguna de esas cosas.

Hizo una inclinación sin perder la sonrisa y salió de la estancia.

Carolyn dio un resoplido.

—Ese tipo me destroza los nervios...

—La próxima vez lo atraparé por el cuello.

—No servirá de nada.

—Tienes razón. —Johnson sacó un cigarrillo doblado del paquete y se lo puso en los labios.

Encendió con un fósforo y se puso a fumar mientras paseaba por

la estancia.

—Tengo que intentarlo —dijo.

—¿El qué?

—Salir de aquí.

—¿Por dónde?

—Por el único sitio. La ventana.

—¿Te has vuelto loco, Phil? Te matarás. Yo también vi las paredes... Son lisas.

Johnson se despojó de los zapatos y acercóse a la ventana.

Carolyn acudió a su lado y lo tomó del brazo.

—Estás herido, Johnson... No puedo consentir que lo hagas.

—Tienes que consentirlo. Le daré la vuelta a la almena.

—No podrás siquiera avanzar un metro.

—Quizá sí. En mi niñez tenía facilidad para trepar a los árboles.

Lo hacía con los pies descalzos.

Johnson se descolgó por la ventana.

Carolyn lo sostuvo por la cintura.

—Espera, Johnson. Traeré del cuarto de baño la barra que sirve de toallero.

—No, Carolyn. Sólo serviría para que cayese más pronto. He de hacerlo solo.

Phil metió los dedos en los intersticios que había entre dos piedras. Aseguró los pies en otra ranura y apartóse de la ventana.

—Suéltame si no quieres que caiga abajo —dijo.

Carolyn lo dejó libre.

Johnson empezó a avanzar pegado a la pared.

Ya Carolyn no podía hacer nada por él.

De pronto el pie derecho de Phil resbaló y todo su cuerpo se venció.

Carolyn ahogó un grito en la garganta.

Phil permaneció completamente inmóvil. Alzó el pie que tenía en el aire e incrustó otra vez los dedos en la ranura. Luego, pulgada a pulgada, logró recuperar su primitiva posición.

—Phil, vuelve...

—Ahora me resultaría más difícil regresar a esa ventana que continuar.

Siguió avanzando y poco después doblaba por la almena.

Dio un suspiro de alivio al ver una terraza tres metros más

adelante. Podría saltar fácilmente a ella si es que podía recorrer la distancia que lo separaba.

Sintió zumbidos en los oídos. Su cabeza le dolía otra vez.

Continuó avanzando. Ahora lo hacía con más seguridad porque ya estaba acostumbrado a las grietas que había entre las piedras.

Encontró en su camino una abertura más profunda y eso le sirvió para concederse un descanso.

Todos sus músculos estaban en juego desde hacía un buen rato. El sudor le caía a chorros por la cara.

Al fin pudo saltar a la terraza.

Lo hizo en la posición adecuada para hacerse el mínimo daño y se levantó.

Ante sí tenía una puerta de cristal. Hizo girar el tirador y tras un pequeño chasquido, pudo abrir. Colóse en la habitación, que estaba a oscuras.

Después de acostumbrar sus ojos a la oscuridad, vio que estaba en un dormitorio. Buscó en la mesilla de noche un arma, pero no la encontró.

Obtuvo el mismo resultado infructuoso en un armario.

Finalmente, se dirigió hacia la puerta, la cual abrió con precaución.

Ante sus ojos vio un trozo de corredor envuelto en la semipenumbra.

Al fondo estaba la escalera. Por el hueco llegaba el marmullo de una conversación.

En el lado opuesto del corredor había una puerta que conducía a la almena de donde había escapado.

Lo más importante ahora era liberar a Carolyn.

Empezó a subir por la escalera de caracol.

Recordaba el pequeño pasillo que había antes de llegar a la habitación que les había sido destinada a él y a Carolyn. Delante de la puerta había dos hombres que vigilaban. No podía enfrentarse al mismo tiempo con los dos o lo perdería todo. Aún se encontraba muy débil.

Al llegar a lo alto, sacó su paquete de cigarrillos y lo arrugó produciendo un crujido.

—¿Qué es eso? —Oyó la voz de uno de los tipos.

—¿El qué?

—En la escalera.

—Quizá sea un gato o un ratón.

—Maldita sea, Johnny, ve a ver lo que es.

—¿Por qué no vas tú?

—¿Es que quieres que te rompa las narices?

—No hace falta que te pongas así, Willy.

Johnson guardó otra vez el paquete de cigarrillos y se sentó en uno de los peldaños, pegado al rincón que había junto al hueco.

Sintió los pasos del centinela que se acercaba.

Cuando el pistolero estaba próximo, Johnson se arrojó sobre sus tobillos y aferrándose, tiró bruscamente.

El matón se venció lanzando un grito y hubiese caído escaleras abajo si Phil no lo hubiera sostenido por los pies.

Los dos hombres rodaron unos peldaños. Johnson se había adueñado de la pistola de su rival, a quien golpeó con el cañón en la sien. El tipo se relajó quedando sin conocimiento.

El otro pistolero llegó corriendo con la mano en la axila, pero Phil le apuntó desde el suelo.

—Saca el arma y será lo último que hagas en tu vida.

El llamado Willy bajó el brazo con la mano desnuda.

Johnson se arrimó a la pared.

—Anda, atrapa a tu amigo y llévalo a la habitación.

—¿Cómo lo has podido conseguir?

—Te lo contaré en una carta cuando estés en la cárcel.

—No sea estúpido. No podrá salir de aquí. Hay una veintena de hombres en el edificio.

—Probaremos suerte. Obedece.

Willy atrapó a Johnny por los pies y tiró de él con fuerza, sin preocuparse de que su compañero rebotara la cabeza contra los peldaños. Una vez arriba, lo siguió arrastrando hacia la puerta de la derecha.

Phil lo siguió sin dejar de apuntarle con el arma.

—Ponte junto a la pared con las manos en la nuca, Willy.

El pistolero, un hombretón de anchas espaldas y cabeza poderosa, alzó las manos.

Johnson llegó por detrás de él y lo despojó del arma y de un llavero.

Empujó a Willy y valiéndose de la llave más larga, abrió la

puerta tras la que se encontraba Carolyn.

—Adentro, Willy, pero quiero que te acompañe tu amigo. Sigue arrastrándolo.

Willy llevó al interior al desvanecido.

Carolyn salió al encuentro de Johnson con una sonrisa en los labios.

—Lo conseguiste, Phil.

—Esto sólo es una parte. Dawson está abajo con unos cuantos compinches. Las salidas del castillo estarán bien defendidas, pero... de todas formas, vamos a escapar.

Willy soltó un escupitajo hacia la pared.

—Oiga, Johnson, usted está chiflado. ¿Por qué no le hace una oferta al jefe? Seguro que lo deja marchar.

—Claro que sí, Willy. Ésa es una gran idea. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Tu jefe es un tipo con mucha palabra. No deja de cumplir cualquier compromiso al que se obligue.

—¿Le parece bien que yo vaya como mensajero?

—Naturalmente, tienes el camino libre.

Willy se frotó las manos y dio media vuelta para salir por la puerta.

Phil le golpeó entonces en la cabeza.

Willy se desplomó sin emitir un solo gemido.

Johnson señaló la cama.

—Trae las sábanas, las necesitamos para atar y amordazar a estos tipos. Debemos asegurarnos de que no nos van a echar a perder el número.

Minutos más tarde, los buenos de Willy y Johnny quedaban convertidos en paquetes, sin posibilidad para dar una voz de socorro porque estaban amordazados.

Johnson tomó la pistola de Willy y se la alargó a la joven.

—Dispara cuando te veas en peligro. Recuérdalo, Carolyn; no hay salvación para nosotros. Hemos de buscarla por nosotros mismos. Dawson no nos dará cuartel. Sabe que su seguridad consiste en retirarnos de la circulación.

—Sí, Phil. Lo comprendo perfectamente.

Johnson le dirigió una sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Carolyn?

—¿El qué?

—En ningún momento me he arrepentido de haberme mezclado en esta aventura... porque te he encontrado a ti.

—Oh, Phil, eso casi es una declaración...

Johnson le pasó una mano por la espalda y la atrajo, besándola fuertemente en la boca.

CAPÍTULO XIII

Dawson Lover se hallaba reunido con el modisto René Hoppe y la colaboradora de éste, Sherry Turley.

Bebían en copas de champaña.

René carraspeó.

—Celebro mucho que todo haya terminado bien, Dawson.

—Y yo más que tú.

—Quería decirte algo muy importante.

—¿De qué se trata?

—Últimamente el negocio me ha ido bastante bien. He decidido acabar con ciertas actividades mías.

—Ya comprendo, te refieres a mí. Quieres abandonarme.

—Sí, Dawson, y espero que lo comprendas.

—Yo lo comprendo todo, René.

—Durante muchos años te he servido sin vacilar, Dawson. Jamás se ha salido por mi boca quién era el jefe de la organización. Depositaste tu confianza en nosotros, en Sherry y en mí, y tú sabes que supimos guardar celosamente el secreto, pero ahora pienso que a ninguno de nosotros dos nos conviene seguir manteniendo esta relación. Tú mismo nos dijiste antes de que comenzase todo esto que Kevin sospechaba de nosotros.

—Es cierto.

—Te advertí en aquel momento que yo estaba dispuesto a sacrificarme.

—Oh, sí, tú eres un hombre muy consciente. Fue entonces cuando me percaté de que deseabas con todas tus fuerzas apartarte de mi lado.

—Sólo lo hacía en interés de todos.

—Claro, René, no lo puedo dudar... —Dawson desvió los ojos

hacia la hermosa Sherry—. ¿Y tú, querida? ¿Qué es lo que opinas acerca de su plan? ¿También deseas abandonarme?

—Yo no, Dawson. No me importa lo que piense René a ese respecto. Yo seguiré estando a tu lado, trabajando para ti. Jamás te traicionaría.

René la interrumpió nerviosamente.

—Tú estás enamorada de él y por eso estás decidida a continuar a su lado sin tener en cuenta el peligro. En tales circunstancias, no puedes seguir trabajando en mi negocio.

—Eres un cobarde —exclamó Sherry—, y un desagradecido.

—¿Qué dices?

—Tú mismo lo acabas de decir, René. Tu negocio es ahora próspero. Ésa es la verdadera razón para que hayas pensado abandonar a Dawson. Hiciste tus cálculos y te dijiste que ya no tenías necesidad de él, sin acordarte de que fue Dawson quien montó el tinglado de la casa de modas para hacer más fácil nuestro trabajo.

—No se trata de eso ahora. Durante los últimos años hemos logrado muchos secretos. ¿Qué queja tienes de mí, Dawson?

Lover movió la cabeza lentamente.

—Admito que la mayor parte de nuestras empresas culminaron en un éxito total. No tenía queja de nadie, aunque realmente no podía ocurrir otra cosa. Esos éxitos eran como el fruto natural de la semilla que yo había plantado —se echó a reír mirando otra vez al modisto—. De modo que quieres volar solo.

—Sherry dice que soy un hombre desagradecido, pero se equivoca. Aunque ya no pertenezca a la asociación, siempre seré tu amigo, Dawson.

El inspector de FBI hizo un movimiento con la mano y exhibió una pistola.

René forzó una sonrisa viendo el arma.

—¿Qué vas a hacer, Dawson?

—Eres un poco ingenuo, René.

—¿Crees que te iba a vender, Dawson?

—Quizá.

—¡Oh, no, no puedes pensar en eso...! ¿Cómo te iba a vender yo a ti? Si fueses cazado, también lo sería yo... He cometido delitos contra las leyes de seguridad del Estado. No habría clemencia para

mí, ¿cómo podría traicionarte? ¿Cómo podría venderte?

—Yo estoy muy alto, René, pero no me gusta correr riesgos inútiles.

—Conmigo no los correrás, Dawson. Te seré fiel... Siempre te seré fiel.

Dawson estaba jugueteando con la pistola.

—Hasta los perros más fieles se pueden volver un día contra nosotros cuando son presos de la rabia.

—Pero ¿qué estás diciendo, Dawson? Yo he conocido siempre tu identidad, ¿y de qué forma me he comportado? He hablado a través del teléfono tal como querías. Hablando contigo personalmente me he referido a Dawson Lover como un tipo a quien odiaba. Cualquiera que nos hubiese escuchado, cualquiera que hubiera interferido el teléfono, jamás habría podido saber que tú eras míster x.

—Sí, René.

En la frente de Hoppe se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Ahora estoy pensando otra cosa.

—¿El qué, René?

—Continuaré contigo...

—¿Por qué?

—Me había precipitado en mi decisión.

—Bravo, René. Eres un hombre consecuente.

—No había sopesado mi decisión... Después de todo, la sociedad no ha tenido ningún fallo. Siempre hemos logrado lo que nos proponíamos...

Lover apuntó a la cabeza del modisto.

René quedó con la boca abierta.

—¡No! ¡No lo hagas...! ¡No puedes matarme...!

—He matado ya unos cuantos hombres a lo largo de mi vida y siempre por necesidad. ¿La recuerdas, René? Tú fuiste testigo de una de mis ejecuciones.

—Sí, lo recuerdo...

—¿Cómo se llamaba ella?

—Linda Huxley.

—¿Por qué la maté, René?

—Nos traicionó. ¡Pero mi caso no es el mismo...! ¡Yo no te he

traicionado!

—Podrías hacerlo.

—¡Te repito que no!

—René, ahora te muestras muy poco comprensivo... Deberías tener en cuenta cuál es mi posición en todo este negocio. ¿Crees que podría dormir tranquilo pensando en que con una sola palabra podrías hundirme?

—¡Te he dicho que estoy dispuesto a trabajar contigo!

—No quiero a nadie que trabaje conmigo a la fuerza...

—Yo lo haré muy gustoso...

—Eso lo dices ahora.

—¡Te lo juro, Dawson! ¡No tendrás queja de mí! ¡Nunca...! ¡Nunca la tendrás!

Dawson apretó el gatillo. La bala entró a René por las fosas nasales. Su cabeza golpeó contra el respaldo del sillón.

Su rostro quedó convertido en una horrible máscara. Permaneció unos segundos inmóvil, pero luego se venció cayendo en el suelo.

Sherry se puso en pie y echó a andar hacia Dawson.

Una puerta se abrió bruscamente y entraron dos hombres con las armas en la mano.

Al ver el cadáver, los dos hombres se quedaron más tranquilos.

—Lleaos esa carroña de ahí —dijo Dawson.

—Sí, jefe.

Los dos hombres tomaron el cuerpo de René y lo sacaron en volandas de la habitación.

Sherry siguió acercándose con movimientos felinos al sillón donde se encontraba Dawson, el cual ya había guardado el arma.

—Has hecho muy bien, querido.

—No me podía fiar de él.

—Tampoco yo lo habría hecho. Últimamente no me sentía segura de sus pensamientos. Cada vez dedicaba más tiempo a su negocio. Hacía proyectos, quería convertirse en el mejor modisto de Nueva York.

—Sí, René era un hombre muy ambicioso. También lo somos los demás. Por ello, lo importante en la vida consiste en saber canalizar nuestros deseos.

Sherry le pasó la mano por el cuello y lo besó en la oreja.

—Dawson —dijo con un murmullo.

—¿Sí, querida?

—¿Por qué, cuando todo esto termine, no nos vamos tú y yo de vacaciones?

Dawson alzó la cara mirándola a los ojos.

—¿Sabes que no me parece mal?

—Sería maravilloso que pudiésemos damos una vuelta por Europa.

—Quizá exista esa oportunidad muy pronto.

—¿Cuándo?

—Los planes del ingenio interestelar saldrán dentro de un momento de nuestro país. Eso provocará la caída de Lee Kevin en el Departamento... Fue Kevin quien pidió autorización a nuestro jefe para que consintiese en poner en práctica el plan con respecto a la base secreta de Trenton. El jefe pidió mi opinión y yo le di la respuesta negativa que le había adelantado a Kevin. Por lo tanto, mi responsabilidad ha quedado a salvo.

—Eres el hombre más astuto del mundo...

—Nunca he olvidado que debo tener cubiertas mis espaldas en todo momento. Como te iba diciendo, la caída de Kevin no arrastrará la mía. Por regla general, cuando un alto cargo cae en desgracia, siempre echan mano para sustituirlo al hombre que no ha estado conforme con el plan y es justo el lugar que ocupo yo ahora en el Departamento. Naturalmente, cuando los planos hayan salido de nuestro país, el Departamento se impondrá el trabajo de recuperarlos. Yo mismo lo propondré. Para eso necesitaré trasladarme a Europa. Tengo preparada una maravillosa empresa, la mayor de mi vida.

—¿En qué consiste?

—Recuperaré esos documentos.

—¿Qué dices, Dawson?

—Es muy sencillo. Los recuperaré una vez hayan sido copiados, pero nuestro Departamento no lo sabrá nunca porque demostraré convincentemente que no ha habido posibilidad de tal copia. Volveré a Estados Unidos como un héroe. Hasta es posible que me condecoren.

—Oh, Dawson, eres maravilloso... No hay otro como tú.

Sherry lo besó fuertemente en la boca.

De repente llegó una voz desde una parte que comunicaba con

una habitación adyacente.

—¿Me permiten...? Sí, Dawson, es usted un hombre único y yo también quiero felicitarlo.

Sherry se apartó del inspector soltando un gritito.

Dawson volvió la cabeza.

En el hueco se encontraba Carolyn Winters y Phil Johnson. Cada uno de ellos tenía una pistola.

Phil avanzó sobre Dawson.

Sherry se lanzó sobre el joven, pero éste le pegó un manotazo y la arrojó al suelo.

Luego Phil pasó la zurda por junto a la axila de Lover y lo despojó de la pistola, retirándose unos pasos.

Dawson continuaba inmóvil, los ojos entornados, mirando atentamente al joven.

—¿Cómo ha podido escapar? No es posible que engañase a los centinelas.

—Salí por la ventana de la almena. Pasé mis apuros imitando a las moscas, pero recibí la recompensa a mis esfuerzos. Luego me desembaracé de sus dos chicos.

—Es usted un hombre admirable, señor Johnson.

—Viniendo de usted las palabras, resultan muy alagadoras.

—¿Qué pretende?

—Usted ya lo sabe. ¿Dónde están los planos?

—Llega demasiado tarde.

—No diga tonterías, Dawson. Usted nos explicó lo que iba a pasar. Un helicóptero llegará dentro de un rato para transportar los planos fuera de nuestro país.

—Cambié de opinión y los mandé con un mensajero a Nueva York. Saldrán del país por vía marítima.

Phil se echó a reír.

—Admito que es usted un buen comediante, pero en esta ocasión le están fallando muchas cosas, la voz y el pulso.

—Le he dicho la verdad.

—Oiga, Lover; Carolyn y yo estamos todavía aquí dentro y sabemos que en la casa hay muchos hombres. No puedo ser galante con las mujeres ni complaciente con usted. Vamos a salir con usted de aquí, pero nos llevaremos los planos.

—No los tengo.

Phil descargó la culata del revólver sobre Dawson.

El inspector recibió un golpe en la frente, a pesar de que quiso retirar la cabeza.

—Dawson, la próxima vez le romperé las narices —advirtió Phil—. ¿Dónde están los planos?

—En la cartera... En el sillón de la derecha, bajo el almohadón.

Carolyn se movió hacia el lugar que Lover había señalado. Tiró del almohadón y atrapó la cartera de cuero negro.

—Nena —dijo Phil—, cerciérate de que está dentro el sobre.

La joven obedeció y sacó el sobre, que alargó a Phil. Éste comprobó que dentro se encontraban los documentos genuinos y devolvió el sobre a Carolyn.

—Mételo en la cartera.

Dawson se limpió con un pañuelo la sangre de la pequeña grieta que le había aparecido en la frente.

—Todavía está a tiempo de arrepentirse, señor Johnson.

—No pierda el tiempo diciendo tonterías. Ya conoce cuál es mi proyecto. Va a venir con nosotros, y si alguien nos impide la salida, le juro que usted será el primero que caiga... Vamos, póngase en pie.

Lover se levantó del sillón.

Sherry se había sentado en un diván. Tenía los ojos inyectados en sangre.

Phil hizo una seña a Dawson.

—Sé dónde está la playa de estacionamiento. Iremos derechos a ella. Usted y yo ocuparemos el asiento trasero y Carolyn manejará el volante. Manteniéndose quieto. Si hace algún movimiento sospechoso, le juro que apretaré el gatillo sin titubear.

Se dirigió a Sherry.

—Usted, Sherry, levántese también. Nos acompañará hasta el coche, pero no formará parte de la expedición. Se quedará en tierra. Para usted valen las mismas advertencias que para Lover. No crea que porque es mujer se va a librar de una bala. Se trata de nuestra propia vida y la vamos a defender contra Dawson y contra usted... Carolyn, tú te encargarás de ella.

Carolyn hizo una señal a Sherry.

—Levántate.

—No me da la gana.

Carolyn movió la pistola y el cañón golpeó contra el mentón de Sherry.

La espía soltó un grito, pero no llegó a caer y se revolvió furiosa, las manos como zarpas, para lanzarse sobre Carolyn, pero ésta le apuntó con la pistola al estómago.

—Anda, querida, atrévete a tocarme y habrá una traidora menos en el mundo.

Sherry se serenó instantáneamente.

—Está bien, iré con vosotros, pero no saldréis de aquí vivos.

—Reza porque así sea, porque tampoco tú lo podrás contar.

Johnson hizo una señal con la cabeza.

—En marcha.

Los cuatro caminaron hacia la salida de la habitación.

—Abra la puerta, Dawson, y diga a sus hombres que se retiren. Usted y Sherry son nuestros prisioneros. Convénzalos por su propio bien.

Lover alargó la mano y abrió la puerta.

Los dos hombres que había fuera se volvieron.

—¿Qué ocurre, señor Lover?

—Los prisioneros se escaparon y nos amenazan con sus pistolas. Tienen el campo libre. Tenéis que obedecerme. Manteneos dentro de la casa. No intentéis nada. Cualquier cosa que hagáis para librarme, sólo servirá para que Johnson me mate. ¿Habéis oído bien?

—Sí, señor.

—Retiraos a la escalera. Vamos a salir.

CAPÍTULO XIV

Cuando los sicarios de Dawson hubieron obedecido, Carolyn y Johnson empujaron a sus prisioneros.

Johnson, a pesar de las advertencias, no dejó de vigilar por el rabillo del ojo.

Carolyn abrió la puerta del castillo.

Johnson se pegó a la pared para no dar la espalda a los sujetos que había al pie de la escalera.

Johnson atrapó a Lover por la cintura, y lo mismo hizo Carolyn con Sherry, aplicando el cañón en el costado de los espías.

Bajaron por una escalera y echaron a andar hacia la playa de estacionamiento que estaba a la izquierda.

Vieron tres coches. Un hombre estaba junto a un «Buick» modelo de aquel año.

—Apártese de ahí —dijo Johnson.

El fulano se quedó mirando estúpidamente a Phil.

En aquel momento se iluminaron unas bombillas que había por el suelo.

Phil vio una pista de aterrizaje.

El hombre que estaba junto al coche sacó una pistola.

Se produjo un doble estampido, pero el que primero había apretado el gatillo era Johnson.

El tipo desobediente dejó caer el arma y se tomó el estómago con las manos.

La bala que él había disparado encontró en su camino el cuerpo de Dawson, el cual golpeó contra el guardabarros del «Buick».

Sherry saltó una vez más sobre Carolyn, pero ésta le pegó con la culata del revólver.

La espía cayó de espaldas en el suelo y se puso a soltar

maldiciones.

Johnson abrió la portezuela trasera del «Buick» y pegó un empujón a Dawson metiéndolo por el hueco.

—Rápido, Carolyn, siéntate con él.

Carolyn se colocó en el asiento trasero.

Phil dio la vuelta al coche y puso el motor en marcha.

El vehículo rugió como un animal herido y luego echó a correr por la carretera.

En aquel instante se oyó el zumbido de un motor en el aire.

Por el espejo retrovisor, Johnson vio correr a media docena de hombres hacia la playa de estacionamiento.

Dobló por una curva y apretó a fondo el acelerador.

—¿Cómo está Dawson, Carolyn?

—Ha recibido la bala en el pecho, muy cerca del corazón... Perdió el conocimiento, pero parece que ya vuelve en sí.

El motor del helicóptero se fue haciendo más audible.

—Parece que viene detrás de nosotros —dijo Carolyn.

—Sí, está claro que le habrán avisado de lo que ocurre.

Dawson volvió en sí y se vio la mano ensangrentada. También él escuchó el ruido del aparato que volaba ya casi por encima de ellos.

—No se saldrán con la suya —dijo el inspector del FBI—. Ahora van a morir.

—Es posible que también le haya llegado su última hora, Dawson. Hay personas que en su vida han hecho cosas malas, pero cuando están próximos a largarse al otro mundo se arrepienten de ellas.

—Yo no me arrepiento de nada. Volvería a hacer lo que hice... Y ahora voy a contribuir a que mis hombres les destruyan a ustedes dos por haberse interpuesto en mi camino.

—Está delirando, Dawson. No se da cuenta de lo que dice... Usted es americano como nosotros. Admito que, en un momento de debilidad, usted prefiriese ganar dinero a cumplir con su obligación, pero ahora tiene que comprender cuál es su deber.

De pronto se oyó un zumbido en el tablero del coche.

—Es una emisora portátil que está en comunicación con el helicóptero, Johnson —dijo Dawson—. Quieren hablar con ustedes.

Johnson tiró de una tapa en donde había aparecido una luz roja. Atrapó unos auriculares que se acercó al oído.

—Diga, Phil Johnson a la escucha.

—Oiga, amigo, le habla uno de los hombres que tripulan el helicóptero. Tenemos aquí metralletas. Deténganse o los mandamos al infierno.

—Usted se va a estar quieto —repuso Phil—. Con nosotros viaja su jefe Dawson Lover. Si provocan nuestra muerte, él también morirá.

Hubo un titubeo a la otra parte.

—Dígale a Dawson que quiero hablar con él.

Phil se volvió para pasarle el auricular a Dawson, pero se quedó quieto al ver que los ojos del inspector del FBI miraban vidriosamente al techo.

Carolyn, atenta a lo que había estado diciendo Johnson, no se había dado cuenta tampoco de que Lover había muerto.

La joven observó la cara del inspector y lanzó una exclamación.

—¿Qué hacemos?

Phil se puso los auriculares de nuevo y cubrió el micro con el pañuelo:

—Aquí Dawson. Retírense. Ésa es mi orden.

Le llegó una carcajada.

—Usted no es Dawson. Usted es ese tipo, Phil Johnson. Ha olvidado que Dawson tenía una contraseña con nosotros. La primera palabra que debía pronunciar era Estrella Blanca. Nos dijeron en el castillo que Dawson había recibido una bala. Eso quiere decir que él ha muerto... Bien, muchachos, ustedes también van a ser enterrados. Sabrán noticias de nosotros.

Phil apartó los auriculares dejándolos caer en el suelo.

—¿No puedes comunicar con la policía? —preguntó Carolyn.

—Es una emisora fija. Me llevaría mucho tiempo comunicar con la policía y para ese entonces estaríamos muertos.

Justo en aquel momento se oyó un tableteo.

—Ya los tenemos ahí. Arrójate al suelo.

Phil se puso a zigzaguear a lo largo de la carretera.

Burló un chorro de balas, pero en la última curva, la parte trasera del vehículo crujió al recibir una andanada.

El helicóptero pasó por encima de ellos y Phil vio como daba la vuelta.

La carretera por aquella parte era una línea recta.

—No hay solución para nosotros si continuamos el camino, Carolyn. A la próxima embestida sacaré el coche de la carretera. ¿Tienes la cartera?

—Sí, en la mano.

—Escaparemos.

—Sí, Phil.

El helicóptero atacó de nuevo.

Johnson se puso a mover otra vez el volante de izquierda a derecha.

A la velocidad que avanzaba, los neumáticos chirriaron amenazadoramente.

Un nuevo enjambre de abejorros de plomo picotearon en distintas partes del «Buick». Cuando el helicóptero estaba encima de ellos, Phil sacó el vehículo de la carretera. Empezó a pegar saltos porque corría ahora por un terreno muy accidentado. Finalmente, Johnson aplicó el pedal del freno y el «Buick» se detuvo.

—¡Salta, Carolyn!

La joven saltó al mismo tiempo que Phil.

El helicóptero había dado la vuelta después de la segunda pasada y se dirigía hacia ellos.

Carolyn se había quedado un momento inmóvil contemplando el aparato y Johnson se arrojó sobre ella.

Los dos cayeron al suelo en el instante en que una granizada de balas se abatía sobre ellos desde las alturas.

El vehículo saltó al recibir la carga de plomo.

Phil y Carolyn estaban arrimados a la parte trasera del coche y las balas, después de golpear en el techo, rebotaron con siniestros chirridos.

Phil vio un bosquecillo a la derecha.

—Vamos allí.

Atrapó a Carolyn por la muñeca y echaron a correr.

El helicóptero se estaba posando a lo lejos.

—¡Mi pistola! —exclamó Carolyn—. La dejé en el coche. He de volver por ella.

Phil tiró de la joven arrojándola nuevamente en el suelo.

Dos hombres saltaron del helicóptero portando metralletas.

Uno de ellos disparó el arma contra el lugar donde Carolyn y Phil se habían refugiado.

Tiró sin apuntar y las balas aullaron en el aire y mordieron en los árboles.

Johnson se alzó un instante y apretó dos veces el gatillo. Uno de los fulanos dejó escapar un aullido y se desplomó.

Dos coches avanzaron por la carretera a lo lejos.

—¡Dios mío! —exclamó Carolyn—. Son los otros hombres de Dawson. Nos acorralarán.

—Echa a correr por la carretera. Encontrarás una casa en tu camino. Es seguro que tendrán teléfono. Pide ayuda a la policía.

—¿Y tú?

—Yo me quedo para contenerlos.

—No me iré sin ti.

—Carolyn, es una orden.

—No te obedeceré.

—Tú no tienes ninguna pistola. No puedes servirme de ninguna ayuda. ¡Vamos, lárgate! Has de recordar lo que tienes en tu cartera... Es lo que debemos salvar. Si te quedas conmigo, los planos volverán a caer en manos de esos miserables.

La joven titubeó unos instantes.

—Sí, Phil.

Acercó su cara a la de él y lo besó en la boca. Luego sin decir nada más, echó a correr por entre los árboles.

El superviviente del helicóptero se alzó para disparar su metralleta contra la fugitiva, pero Phil estaba atento y puso en funcionamiento su pistola.

El sujeto se estremeció al recibir los plomos.

El chorro de balas que arrojó la metralleta se perdió en el cielo estrellado.

Los dos coches que se acercaban estaban a un cuarto de milla de aquel lugar.

Phil se levantó y echó a correr hacia el helicóptero.

Dejó caer su pistola y atrapó una de las metralletas.

Los dos coches se detuvieron con chirridos de frenos.

Phil levantó la metralleta y se puso a disparar contra el primer coche.

Los hombres que salieron por la portezuela aullaron de dolor al ser alcanzados por las balas.

El otro vehículo retrocedió para dar la vuelta y buscar

protección, pero Phil siguió disparando.

El motor estalló y el coche quedó envuelto en llamas. La portezuela delantera se abrió dando paso a un hombre que era una antorcha encendida. Se puso a aullar como un lobo y cayó al suelo queriendo apagar el fuego que lo consumía.

Dos hombres salieron del asiento trasero y se pusieron a disparar alocadamente.

Phil estaba en las condiciones más óptimas para enfrentarse ahora con sus enemigos, ya que el incendio prestaba una iluminación perfecta al escenario.

Los sicarios de Dawson Lover se abatieron uno tras otro para no levantarse más.

Luego todo quedó en silencio.

Phil bajó el arma y respiró profundamente, llevando a sus pulmones el aire fresco de la noche.

Oyó pasos a su espalda y se volvió rápidamente. Pero bajó otra vez el arma al ver que era Carolyn Winters. Ella se detuvo cerca, a dos pasos de él.

—¿Por qué no seguiste corriendo, Carolyn?

—No pude, Phil.

Johnson se acercó a la joven y le rodeó la cintura con los brazos. Sus bocas se unieron en un beso.

—Tengo que pedirles que guarden secreto acerca de todo lo que ha ocurrido —dijo el inspector Kevin—. En lo que a mí respecta, me gustaría que se diese a la publicidad. El mando entero debería saber que en todos los órdenes sociales, en los propios Departamentos del Gobierno, existen hombres que sólo piensan en su interés. Ello prueba una vez más la debilidad humana. Somos muñecos de barro.

Carolyn y Phil se encontraban al otro lado de la mesa ocupando sendos sillones.

El inspector Kevin hizo una pausa.

—De esa forma, también sabría el público que existen otras personas, hombres y mujeres, cuyas profesiones son las más insospechadas y que cuando llega el momento de servir al país no vacilan en sacrificar su vida, si es preciso, para enfrentarse a sus enemigos. Ustedes son un ejemplo de ello.

El inspector se puso en pie y tendió su mano a la joven.

—Carolyn, hay muchos héroes que ostentan medallas con menos

mérito que el que usted tiene contraído.

Luego le llegó el turno a Johnson.

—Señor Johnson, si los hombres que yo tengo a mis órdenes tuviesen el valor y su astucia yo me sentiría enormemente orgulloso.

—Soy un hombre pacífico, señor Kevin, un buscador de tesoros del fondo del mar, y si usted no tiene impedimento, me gustaría salir esta tarde a las tres hacia la isla de las Bermudas que es mi destino.

—Les deseo mucha suerte.

—También se la deseamos a usted.

Los jóvenes abandonaron el despacho de Kevin.

Cuando llegaron a la calle, la joven dijo:

—Tendré que darme prisa para llegar al teatro. Telefoneé a una compañera para decirle que había llegado ya de mi pueblo. Precisamente hoy tenemos ensayo...

Phil la tomó por el brazo.

—Me temo que no vas a ir a ningún ensayo.

—¿Qué dices, Phil?

—¿No recuerdas la profecía de aquella hechicera? Un hombre nacido bajo el signo de Libra correría una aventura muy peligrosa contigo... ¿No agregó nada más?

—Sí.

—¿El qué?

La joven se miró la punta de los zapatos.

—Que se casaría conmigo.

—Bueno, aunque sólo sea por eso, no tendré más remedio que darle la razón... Conozco un lugar en cierta isla de las Bermudas donde... Es un rincón del paraíso. Me dije que si alguna vez me casaba, sería allí.

—¡Oh, Phil...!

Echó los brazos al cuello de Johnson y los dos juntaron sus labios.

Los peatones pasaban por el lado de la pareja y los miraban sonriendo.



**Edward G.
Robinson**

Veterano actor del cine yanqui. Nació hace sesenta y cinco años en Rumania. Últimamente lo hemos visto en "Los diez Mandamientos", antes le habíamos admirado en "Yo soy la ley", "La mujer del cuadro", "Odio entre hermanos", etc.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MOA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain